NAM

CRONICA DE LA GUERRA DE VIETNAM 1965-1975

OBRA COMPLETA
EN 20 FASCICULOS

2

9 788439 507673
10002

350 PTAS.
CON IVA

330 PTAS.
SIN IVA

PLANETA-AGOSTI

CAPÍTULO 7

Colorific/Time Life/Burn

ZONA DE ASALTO BAJO EL FUEGO

Los helicópteros de transporte y los cañoneros fueron elementos clave en las batallas de noviembre de 1965. Pero volar en un Huey a una LZ (zona de aterrizaje) caliente era una experiencia terrible en la que las tropas podían hallarse a merced del fuego enemigo

CAPÍTULO 7

Página anterior: Cubiertos por el artillero de puerta y su M60, los infantes de marina desembarcan de un helicóptero UH-34 durante una operación de búsqueda y destrucción en 1965.

Una compañía de fusileros de la 1.ª División de Caballería (Aeromóvil) ha pasado una larga y calurosa mañana caminando a través de una jungla densa. Tras cinco días de campaña, se dirigen al campamento base a pasar un día de descanso. Pretenden alcanzar la zona de recogida —la ZR— al mediodía. Sueñan con el correo de casa, con una cerveza fría —o razonablemente tibia— y con una ducha templada. Pero eso vendrá después. Por ahora, el jefe de sección va en vanguardia con el guía inspeccionando la ZR. Todo está tranquilo.

El crepitar de la radio rompe el silencio. El operador pasa el auricular al jefe de sección. El capitán de la compañía quiere hablar con él. Son malas noticias. La unidad ha sido alertada de un "vuelo de águila" de reacción rápida. La sección tiene que asegurar la zona de recogida.

Diez minutos después, el comandante de la compañía y otras tres secciones llegan pisando fuerte a través de la jungla. El sudor mana de sus rostros. Se distribuye a los hombres en grupos de cinco o seis, listos para embarcar en los helicópteros. Los oficiales revisan las armas, la munición y el agua, mientras los sargentos de pelotón reciben instrucciones. La Caballería Aérea ha localizado una fuerza del Vietcong cerca de una aldea. No se conoce el tamaño de la unidad enemiga, pero sí que el VC disparó sobre el helicóptero de exploración. Los cañoneros están ya sobre el enemigo. Se ha enviado la sección de a pie de la Caballería, pero el enemigo la tiene bajo el fuego. La compañía tiene que realizar un asalto sobre la zona del combate. El comandante de la compañía se encargará de la batalla y de su desarrollo y asegurará una zona de desembarco para una fuerza mayor si es necesario. El comandante del batallón está ya en el escenario.

DERRIBADO

John B. Morgan III, piloto de helicópteros en Vietnam, fue derribado. Sobrevivió a su turno operativo de 12 meses y después regresó al Sudeste asiático para volar en los Cobra. Pero esa es otra historia.

Fui derribado el 15 de febrero de 1967. Mi unidad había estado inactiva durante 40 días y era operacional desde hacía unas dos semanas. Yo era un WO-1, un suboficial, y volaba como copiloto del comandante Charles A. Neal, que mandaba la 1.ª Sección. Nuestra misión aquel día era reforzar un batallón de la infantería norteamericana que estaba rodeado y bajo un intenso fuego del EVN. El nuestro era el segundo intento aquel día.

Volábamos 15 helicópteros UH-1D, organizados en cinco uves de tres aparatos cada una. La LZ sólo podía acomodar a tres helicópteros a un tiempo, por lo que teníamos solamente intervalos de 30 segundos para dejar a la tropa. Habíamos recogido unidades del 1.er Batallón del 12.º de Infantería 15 kilómetros al sur de la LZ. El comandante Neal y yo tripulábamos el aparato en cabeza y llevábamos a cinco exploradores a bordo que coordinarían las comunicaciones durante la inserción.

La LZ tenía unos 70 m de diámetro, rodeada de árboles y densa vegetación. La unidad norteamericana estaba atrincherada alrededor del perímetro, dejando el centro libre para los Huey. Mientras nos aproximábamos de oeste a este, la preparación artillera enmudeció: el humo indicaba dónde había caído el último proyectil. Para entonces, nuestras dos parejas de helicópteros cañoneros UH-1C de escolta iniciaron sus pasadas de tiro y nuestros artilleros de puerta abrieron fuego a la vez. Los cañoneros estaba disparando cohetes aire-tierra de 75 mm con cabezas rompedoras de 4 kg y también con sus montajes cuádruples orientables de ametralladoras M60 sobre el área que rodeaba la LZ.

Yo tenía 22 años y era mi primer asalto caliente... pero no era el único que tenía las manos sudorosas y los ojos abiertos como platos. Cuando iniciamos la deceleración y la aproximación, el ruido era impresionante. Podíamos oír el fuego de las ametralladoras y el lanzamiento de cohetes por encima de nuestros auriculares mientras los pilotos de los cañoneros invadían con su parloteo las comunicaciones aire-aire. El impacto de los cohetes y el sonido de nuestras propias ametralladoras de puerta se sumaban al ruido de la batalla.

Pero nada de esto parecía impresionar al EVN. Sus hombres estaban atrincherados y simplemente disparaban hacia arriba cuando pasábamos por encima, añadiendo un nuevo sonido al estruendo: el de las balas atravesando la piel de aluminio de los aparatos. Un proyectil atravesó el panel transparente inferior a pocos milímetros por delante de mi pie izquierdo. Pasó a través de la consola de radio y de la pantorrilla derecha del comandante Neal y rebotó en su palanca de control. La fuerza de la bala apartó de golpe su pie del pedal del rotor de cola. Su otro pie resbaló por el pedal izquierdo hacia delante hasta que se produjo la parada mecánica. En aquel momento quedé solo a los mandos.

El aparato guiñó bruscamente hacia la izquierda y dio contra el suelo casi en el centro de la LZ, a una velocidad de 15 nudos. Fue la punta del patín derecho la que chocó en primer lugar. El aparato viró 360 grados hacia la derecha. Cuando las palas del rotor principal dieron contra el suelo, la transmisión y partes adyacentes salieron despedidas...afortunadamente hacia atrás y no a través de la cabina, como habría sucedido si el bicho hubiese volcado hacia la izquierda. Recuerdo cómo la LZ y la línea de los árboles giraban con una pasmosa parsimonia bajo el ruido del metal arrugándose y que esperaba con ansia que todo acabase de una vez.

Lo que quedó de nuestro helicóptero —el Viejo 888— se detuvo por fin en posición erguida en medio de una nube de polvo rojo. Aquello fue bastante para convencer a quien estuviese al mando de que debía dar una contraorden, y el resto de los aparatos abortó la operación.

Nuestros pasajeros habían caído al suelo mientras el aparato rodaba alejándose de ellos. Algunos estaban heridos. Pero el artillero de puerta del lado derecho no había tenido tanta suerte. Fue aplastado y murió por las lesiones internas sin recuperar el conocimiento.

Cuando el helicóptero dejó de moverse, levanté el culo y salí corriendo, pues la cola estaba en llamas. Antes de darme cuenta ya estaba en un buen hoyo de protección a unos 20 m. Entonces me acordé de mis compañeros y volví a la carrera para ayudar a liberarlos de los restos del aparato. El comandante Neal estaba aún sujeto a su asiento blindado. Luchando por zafarse y, obviamente, en medio de grandes dolores. Desabroché su cinturón de seguridad y lo saqué arrastrándolo hasta el hoyo de protección. La adrenalina bombeaba en mis oídos. Allí, su pierna fue asistida por un médico que también hizo lo que pudo por el artillero de puerta.

Mientras el ruido de los demás helicópteros se perdía, nos acomodamos en aquel concurrido hoyo y esperamos. Oímos a las M16 devolviendo el fuego de los AK-47 de fabricación soviética.

Un controlador aéreo avanzado de la Fuerza Aérea apareció ante nosotros en un O-1 Bird Dog. Él coordinó a una pareja de F-100 Super Sabre que hicieron un magnífico trabajo, lanzando su *napalm* tan cerca del perímetro que pudimos sentir el calor en nuestros rostros.

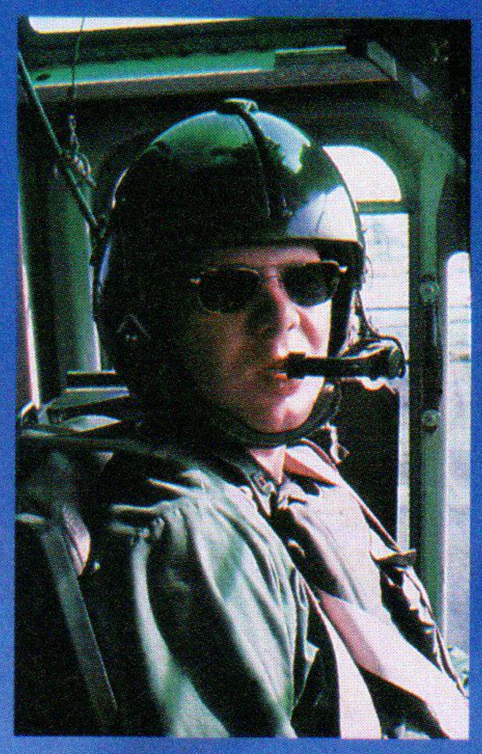
A las tres horas llegaron los primeros Huey de evacuación. El comandante Neal fue uno de los primeros en salir...esta vez con su billete de vuelta a Estados Unidos. Yo estaba volando de nuevo al día siguiente.

Philip Chinnery

Arriba: John B. Morgan y una muchacha.

LLEGA EL HELICÓPTERO

La zona de desembarco —la LZ— es lo bastante grande para 10 helicópteros. La compañía irá en dos tandas, con dos minutos de por medio. El primer vuelo es dentro de cinco minutos. Al desembarcar, tres secciones se desplegarán en abanico desde la LZ. La plana de la compañía y la cuarta sección se quedarán en el centro y después se desplazarán hacia el combate más intenso. "Informen a sus hombres", ordena el jefe de la compañía, "y pongámonos en marcha."



Tim Page

Todos los hombres a bordo

Un asalto heliportado puede parecer algo poco sólido, pero funciona. Los fusileros y los helicopteristas han trabajado juntos antes en incontables ocasiones. Confían los unos en los otros. Están bien entrenados y saben qué hacer. Mientras apuran rápidamente un cigarrillo les llega de lo lejos el "wop-wop-wop" de los helicópteros que se aproximan.

Vistos a lo lejos, parecen un enjambre de libélulas.

El capitán detona una granada fumígena para indicar el punto de aterrizaje del primer helicóptero. El estruendo de las palas de los rotores aumenta en intensidad mientras se acercan los aparatos. En los flancos marchan helicópteros cañoneros, picando y volando bajo para proteger la zona de recogida. Los helicópteros elevan sus proas al descender para reducir su traslación. Entonces quedan en estacionario y se posan sobre sus patines. Los motores reducen sus revoluciones pero los rotores siguen girando. Ahora son muy vulnerables. El flujo de las palas abre surcos en la densa hierba y el olor a queroseno flota sobre la ZR. El gemido de los motores es ensordecedor, pero no hace falta impartir órdenes. Los hombres están de pie, doblados bajo el peso de sus mochilas, armas y municiones. Los oficiales sujetan firmemente sus mapas contra el rebufo de las palas. Las armas tienen el seguro echado para que ninguna sacudida estúpida envíe una bala a algún motor.

Superior: El suboficial Skipper, de la 361.ª Compañía de Aviación, fue uno de los primeros helicopteristas que arriesgó su vida en uno de los trabajos más peligrosos de Vietnam. Arriba: Un helicóptero Huey inclina la proa para coger velocidad tras el despegue.

Los soldados suben a bordo y se sientan en el suelo de aluminio, de dibujos romboidales. Algunos se acomodan sobre sus cascos de acero para protegerse los traseros del fuego que pueda hacérseles desde tierra. La mayoría tiene orden de no hacerlo. Los pilotos llevan la pistolera de su .45 colgando entre las piernas. Muchos son voluntarios de 19 años que se alistaron en el Ejército porque querían volar. Es una tarea peligrosa. Al final de la guerra, 926 pilotos y 2 005 tripulantes habrán muerto.

A menudo, los muchachos reconocen a los artilleros de puerta y pilotos de helicópteros de otros "vuelos de águila". Los artilleros acarician de modo tranquilizador sus ametralladoras M60 y articulan algunos saludos. Al igual que los pilotos, suelen llevar chapas de gallinero (chalecos antibala). Si sobran algunos, los colocan en las vulnerables burbujas de plexiglás situadas bajo la proa, o los artilleros se sientan sobre ellos. El aviador a cargo del primer viaje consulta con sus jefes de patrulla por la radio de mando. Le informan que todos los hombres están a bordo. Ordena a los pilotos aumentar las revoluciones. Y aquéllos dan gases y vigilan constantemente los instrumentos.

Proa abajo y vámonos

El jefe ordena el despegue y los pilotos hacen elevar sus aparatos, dejándolos suspendidos a un metro del suelo. Por la radio llega la orden de partir. Todos los pilotos hacen picar la proa de los helicópteros y éstos adquieren velocidad.

La columna se mantiene a baja cota hasta que se alcanzan los 60 nudos para reducir el riesgo del fuego desde tierra. Entonces, los pilotos tiran de la pa-

CAPÍTULO 7

Philip Chinnery

US Army

lanca de control para ascender a 350 m. Esta altitud de crucero basta para quedar fuera del alcance efectivo de las armas portátiles, pero también es lo suficiente baja para un rápido descenso hasta la zona de aterrizaje.

Un minuto después, 10 Huey más descienden sobre la ZR. El jefe de sección se coloca en lugar seguro y los hombres suben a bordo. Entonces, la segunda formación sigue a la primera.

Los helicópteros vuelan con las puertas abiertas. El viento azota a través del compartimento de la tropa, aunque sienta bien después del sofocante calor del mediodía en la jungla. Algunos hombres dejan que sus piernas cuelguen al vacío, igual que niños refrescándose los pies en un arroyo. Otros se inclinan sobre el hombro de su compañero para echar un vistazo al paisaje. Algunos miran a los artilleros de puerta... o permanecen sentados tranquilamente preguntándose qué les espera en la LZ.

Cumpliendo una orden, los artilleros de puerta prueban el funcionamiento de sus ametralladoras M60. El tableteo de las armas suena bien. Les hace sentirse a todos mejor.

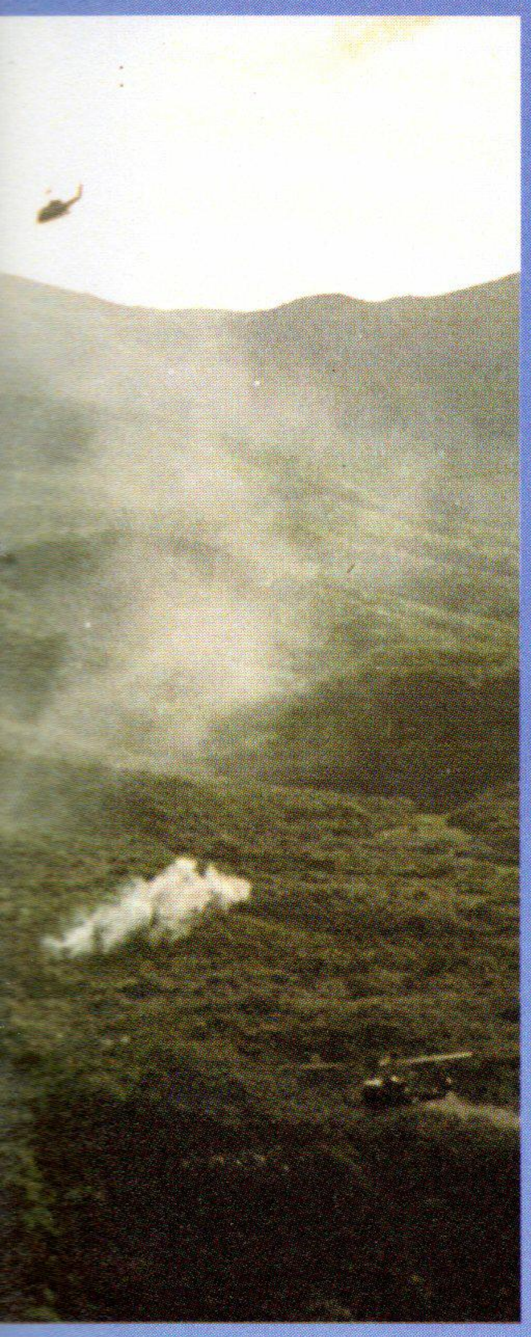
El viento de 100 nudos disuelve rápidamente el olor de la cordita.

Ya cerca de la zona de desembarco, los hombres se reaniman y disponen a la acción. La artillería ya está "preparando" la LZ con proyectiles de 105 mm. En sus flancos, el controlador aéreo avanzado del batallón dirige los ataques aéreos. Los cañoneros se ceban en el VC con su fuego de cohetes y ametralladoras.

"La primera oleada está en la LZ," resuena por los intercomunicadores. Sale al aire el operador de radio del jefe de la compañía. Él y el viejo se largan a la carrera de la LZ. Su voz es jadeante. Al fondo se oye el ruido de los helicópteros de la primera tanda despegando.

Arriba, izquierda: Un "vuelo de águila" ofrece a la tropa un refrescante descanso lejos del sofocante calor de la jungla. Arriba: Los helicópteros cañoneros y la artillería preparan la LZ. Fotografía principal: Llegan los helicópteros.

LLEGA EL HELICÓPTERO



Tim Page

Es una LZ caliente

Ahora los muchachos pueden ver la LZ. Hay humo de color en el centro, además del negro y gris de la artillería y las bombas alrededor del perímetro. El piloto informa al artillero de puerta por el intercomunicador: "Es una LZ caliente". Alguien murmura: "Mierda, otra no". ¿Por qué no puede ser una LZ fría, con un buen paseo en helicóptero y una caminata bajo el sol? Los muchachos revisan sus armas, toman un trago de agua y cogen fuerzas para el asalto.

Una de las primeras lecciones que aprende un piloto de helicóptero novato es que el aterrizaje bajo el fuego no es lo más deseable. Pero a veces es inevitable. Incluso una LZ fría se puede calentar en segundos. La premisa de trabajo es que todas las LZ son calientes y deben aterrizar a la vez todos los helicópteros que quepan en la misma. Ello permite desplegar el máximo número de soldados en el menor tiempo posible. Todos los aparatos despegarán juntos para impedir que el enemigo concentre su fuego en un solo blanco.

Para mayor seguridad, los cañoneros "preparan" la LZ. Si hay fuego de réplica, efectuarán una pasada, uno detrás del otro, sobre la zona, de manera que uno dispare sobre la posición mientras el anterior se aleja. Esto proporciona un fuego continuo sobre el objetivo mientras los helicópteros de transporte aterrizan.

Pero, a pesar de estas precauciones, una LZ caliente es un lugar terrorífico en el que las balas atraviesan los fuselajes, las burbujas de plexiglás se quiebran y los paneles de instrumentos echan humo y chispas. Ambos pilotos deben mantener sus manos en las palancas de control por si uno de los dos es alcanzado. De ellos depende la vida de todos los que van a bordo.

Fuego de supresión

La peor pesadilla del piloto es la ametralladora de calibre 12,7 mm. Dispara balas de ese diámetro y de 25,4 mm de longitud a 350 m por segundo. Uno o dos impactos le pueden dar el día.

La columna de helicópteros pierde altitud rápidamente mientras se aproxima a la LZ. El sonido de los rotores cambia de intensidad y se hace más grave mientras el aparato pierde velocidad. El gemido de los motores penetra dolorosamente en la cabeza. El vuelo entra en la aproximación final y las vidas dependen ahora de las frágiles palas del rotor que gira sobre sus cabezas. Se ve el destello de un F-4 Phantom que pasa silbando tras lanzar su carga de bombas. Los hombres intentan vislumbrar el escenario del combate, pero por el momento no pueden ver nada.

Los artilleros de puerta empiezan a disparar. Están apuntando a popa y los "pasajeros" no pueden ver a qué están disparando. Puede que sólo sea fuego de supresión para que el enemigo mantenga la cabeza agachada. No, esperan... Por fin consiguen ver los fogonazos de un arma. Es el parpadeo de un fusil de asalto AK-47...pero no es el único. Alguien dispara desde el sector de las 4 a las 8, el asignado a la tercera sección.

Todo el mundo afuera

La columna de helicópteros desciende al unísono y queda suspendida a un metro del suelo. Los pilotos posan los aparatos verticalmente, vigilando con cuidado la hierba. Pero los muchachos no esperan a que los patines toquen el suelo. Antes de que el jefe de sección pueda hablar ya están saliendo por ambos lados.

En el momento en que el teniente de la sección y el operador de radio han salido, los helicópteros se

BATALLA EN IA DRANG

El 19 de octubre de 1965, dos regimientos del Ejército Nordvietnamita (EVN) lanzaro ataque sobre el campamento Fuerzas Especiales norteamericanas en Plei Me, e corazón de las Tierras Altas Centrales. El asalto formaba p de un intento del EVN de cruz frontera camboyana hasta la partiendo Vietnam del Sur en Para socorrer al campamento general Westmoreland decidi utilizar elementos de la recién llegada 1.ª División de Caball (Aeromóvil). Con sus helicópte su potencia de fuego, la 1.ª d Caballería cayó sobre el ener rompió el asedio.

Frente a este contraataque, EVN se retiró hacia el oeste, e dirección a Camboya; pero Westmoreland no estaba disp a dejarlo escapar. Inmediatam ordenó a la 1.ª de Caballería pasase a una operación ofens

Sin embargo, los norteamericanos no sabían qu entretando, el EVN estaba reagrupándose en el valle del Drang, a 25 km de Plei Me. El de noviembre, un batallón de tropas de la 1.ª de Caballería heliportado al valle, a la LZ " X" para ir en pos del enemigo Poco después del desembarco fueron objeto de un intenso fu del EVN y se desarrolló una encarnizada batalla cuerpo a cuerpo. La Caballería Aérea muy inferior numéricamente, p con la ayuda del fuego soster de la artillería, los cañoneros bombardeos de los B-52, agu

Al día siguiente las tropas f reforzadas por otro batallón y varios días de intensos combo el EVN se retiró y se dirigió a santuarios al otro lado de la frontera camboyana o en el in de la jungla. Cuando por fin v la Caballería Aérea a su base An Khe, había perdido 300 hombres, pero también causa 1 200 bajas al enemigo.

La batalla por el valle del I Drang fue el primer encuentro gran escala con el EVN. Para Westmoreland esto demostró cosas: que las fuerzas norteamericanas podían enfrentarse y derrotar a las m tropas que el enemigo podía en campaña y que la movilida el campo de batalla que proporcionaban los helicópte combinada con un implacable fuego de apoyo, podía dar bu resultados.

CAPÍTULO 7

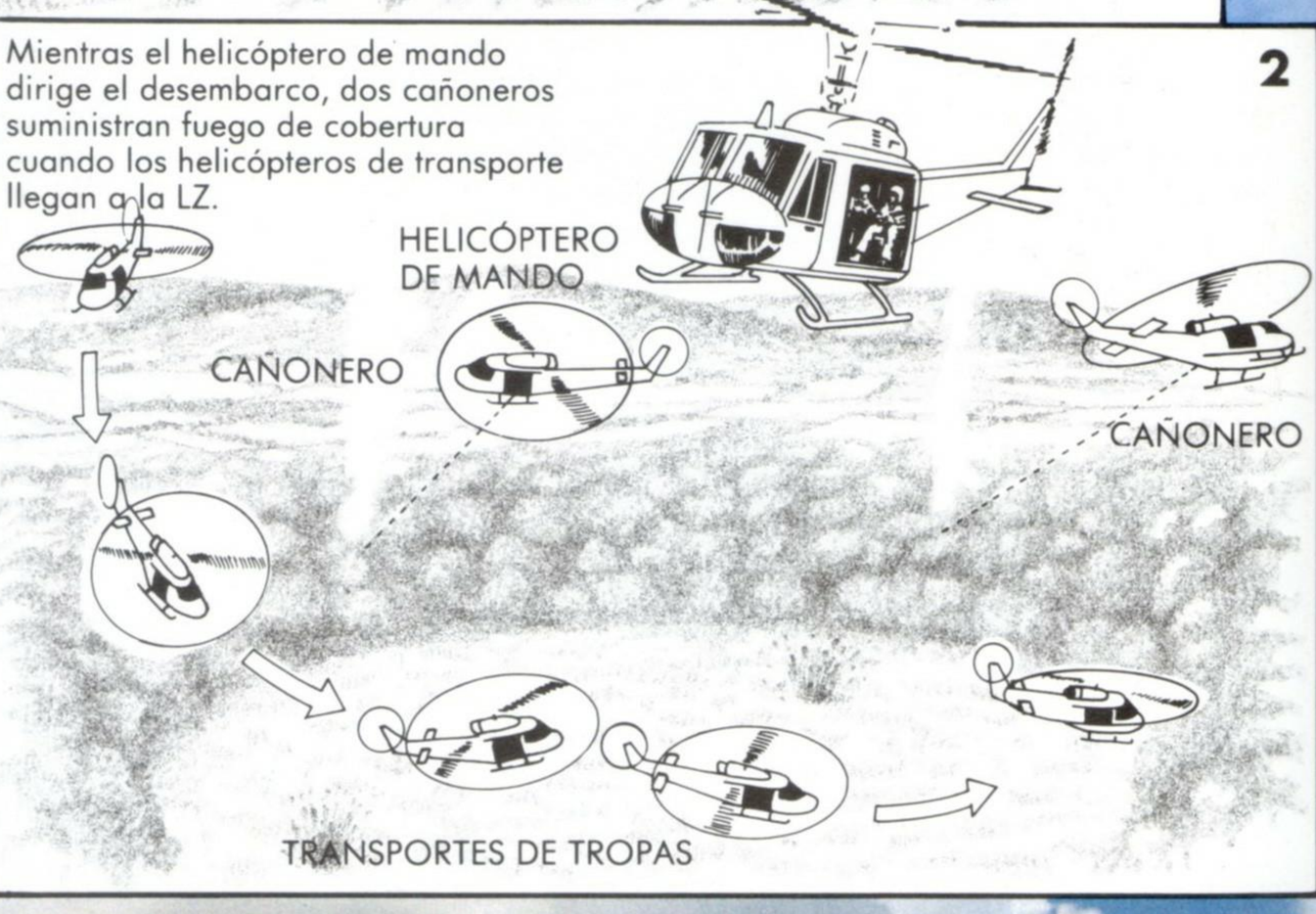
ASALTO DE HELICÓPTEROS

1

Volando en formación de "V", un grupo de helicópteros Bell UH-1 se acerca a su zona de aterrizaje.

2

Mientras el helicóptero de mando dirige el desembarco, dos cañoneros suministran fuego de cobertura cuando los helicópteros de transporte llegan a la LZ.



3

El artillero de un cañonero, armado con una M60, observa la actividad enemiga cerca de la LZ.

4 Dos pelotones se han desplegado según un esquema prefijado para cubrir la mayor parte del perímetro de la LZ. Un tercer pelotón cubre 180 grados para guardar la parte posterior de la LZ.

PROBLEMAS TÁCTICOS

El helicóptero proporcionó a los norteamericanos lo que ellos llamaban "aeromovilidad": velocidad, libertad de movimientos y potencia de fuego en el campo de batalla. ¿Pero era esta aeromovilidad todo lo que pretendía ser?

Vietnam fue la primera guerra de helicópteros. En los momentos más críticos del conflicto, los norteamericanos pusieron en campaña unas 5 000 máquinas, capaces de transportar batallones enteros de infantería hasta la zona de combate en el acto. Para el comandante de infantería, el helicóptero parecía la respuesta a todas sus oraciones. Ahora podía desplazar a sus hombres de un punto de crisis a otro en cualquier terreno, traer munición en una emergencia, evacuar sus heridos y disponer de fuego de apoyo para sus tropas en combate llamando a los cañoneros.

Otra ventaja del helicóptero era que el enemigo no estaba nada familiarizado con este tipo de armas y las tácticas empleadas con ellas. El Ejército nordvietnamita y el Vietcong preferían hacer una guerra sin frentes reconocibles, lanzando ataques con todas sus fuerzas y después esfumándose cuando la cosa se ponía fea. Sin embargo, el helicóptero era una amenaza para este tipo de combate.

La primera prueba real de la idea de la movilidad aérea llegó durante la campaña del valle de Ia Drang, en octubre y noviembre 1965. Allí, los helicópteros fueron una valiosísima ayuda, pues llevaron 5 000 toneladas de cargas a las tropas en campaña y transportaron batallones enteros de hombres y baterías de artillería en el transcurso de la batalla. En todos estos vuelos, sólo cuatro helicópteros fueron derribados, demostrando así a muchos escépticos que el helicóptero no era tan vulnerable como habían pensado al principio.

Sobre el papel, la idea de la movilidad aérea parecía estupenda. Pero hubo algunos problemas prácticos al ponerla en funcionamiento. A pesar de toda su versatilidad, los helicópteros siempre tenían que aterrizar en algún sitio y los soldados a bordo tenían que luchar en tierra. Las zonas de desembarco adecuadas no siempre eran fáciles de encontrar y los proyectiles de la artillería norteamericana, que debían preparar la zona de aterrizaje, no conseguían atenuar los peligros que acechaban a los helicópteros en aproximación y a quienes iban a bordo de los mismos. También hubo problemas con los hombres. Una vez desembarcados, los soldados eran a menudo reacios a abandonar la zona de aterrizaje, pues sabían que en ella podían ser reabastecidos o evacuados si eran heridos. En el fondo, la movilidad aérea resultó ser un pobre sustituto de la movilidad y de la potencia de fuego en tierra.

Camera Press

Izquierda: Los infantes forman un firme perímetro defensivo después de que un Huey ha aterrizado en la LZ. Arriba, derecha: Algunos ni siquiera esperan a que los patines toquen el suelo. Antes de que el jefe de sección pueda gritar sus órdenes, desembarcan del Huey por ambas puertas.

elevan a toda prisa para largarse de allí. Apenas quedan suspendidos en el aire, bajan la proa y salen disparados. Conforme desaparece el ruido de los rotores, los soldados empiezan a oir el del combate.

Por encima de ellos, los helicópteros cañoneros vuelan a lo largo del flanco. El jefe de la sección detona una granada de humo de color para marcar su posición. Uno de los cabos de escuadra dispara una granada de fusil de fósforo blanco contra el enemigo. Los cañoneros localizan el color brillante de la "Willie Pete" y emprenden el ataque. Disparan incesantemente sobre el enemigo. Es importante conseguir ventaja rápidamente en el combate. Una LZ caliente se puede convertir rápidamente en un lío si es derribado un helicóptero.

Hay heridos

Parece que los morteros enemigos han callado, pero todavía hay gran cantidad de fuego automático y de armas portátiles. Y también hay heridos. Los médicos corren de soldado en soldado, aplicando vendajes de campaña en un intento de detener las hemorragias. Otros hombres gritan y canturrean mientras se suman al tiroteo.

Los cañoneros se están quedando sin combustible y el enemigo sigue disparando. El jefe de la sección orienta el mapa con el terreno y pide apoyo de artillería. La compenetración entre ésta y los infantes es muy importante. Si los artilleros "se quedan cortos" y mandan un proyectil en mitad de la sección muchos tipos morirán. Los observadores avanzados de artillería reconocen la voz del operador de radio. Él también los conoce. Pasan la petición de fuego a las baterías de 105 mm que ya estuvieron bombardeando la LZ. Los cañones rectifican su puntería. Pronto, proyectiles amigos pasan de modo reconfortante sobre sus cabezas. Después sigue el intenso estampido de los 105 que caen sobre la posición ocupada por el enemigo.

Los hombres tienen calor y sed, están cansados y sobresaltados. Pero aún hay trabajo que hacer. Toman otro trago de agua de sus cantimploras y siguen adelante. Para los altos cargos del Pentágono, éste es sólo otro asalto heliportado. Pero los hombres que están allí se mueven entre la vida y la muerte —y esto reza también para Charlie— en aquella pequeña parcela de tierra vietnamita. La movilidad aérea existe para llevar potencia de combate contra el enemigo. Pero para el soldado, el paseo en helicóptero no es más que un agradable interludio, un preámbulo del sucio y mortífero negocio que es el combate de infantería.

US Army

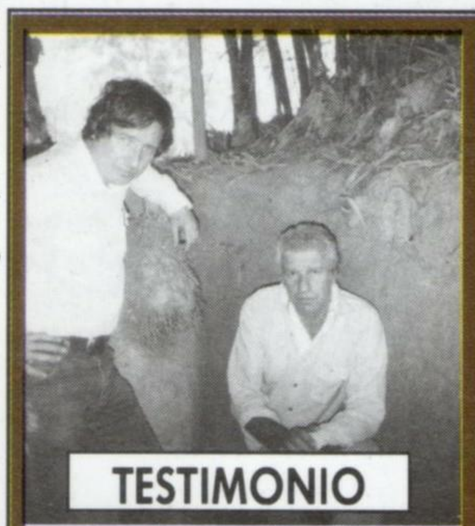
Un batallón del 28.º de Infantería, al mando del teniente coronel Robert Haldane, avanzaba entre los árboles de caucho que había alrededor de su zona de aterrizaje. De pronto, del interior de la jungla surgió el fuego automático de un francotirador. Los hombres de Haldane empezaron a sufrir bajas, pero el batallón siguió su avance de modo inexorable, decidido a silenciar el ataque guerrillero. Ello se convirtió en una tarea imposible. Cada vez que el enemigo era rodeado, se esfumaba como por encanto, dejando a Haldane asombrado y confuso. Siguió presionando pero, una y otra vez, sus invisibles torturadores se desvanecían.

La experiencia de Haldane durante la Operación "*Crimp*", en enero de 1965 —la primera gran batida de búsqueda y destrucción en los santuarios del Vietcong al noroeste de Saigón—, llegaría a ser demasiado familiar para los comandantes de tierra en Vietnam. A los pocos días del comienzo de la operación, el sargento Stewart Green se sentó accidentalmente sobre lo que creyó era un escorpión, pero que resultó ser un clavo de una trampilla de madera. Bajo ella había un estrecho pozo que conducía a un túnel, pero la oscuridad y la claustrofobia le hicieron salir rápidamente.

Entonces, tras lanzar una granada de humo de color en el interior de la entrada del túnel, dicho humo reapareció a través de numerosas aberturas repartidas por la campiña colidante. Los soldados de infantería habían descubierto el secreto de la capacidad de los vietcong para combatir como fantasmas: un vasto laberinto de túneles excavado bajo las junglas de Vietnam del Sur.

En el momento álgido de la guerra de Vietnam, la red de túneles abarcaba cientos de kilómetros que enlazaban distritos y provincias enteras de la frontera camboyana con las puertas de la propia Saigón. "Nadie ha demostrado antes mayor habilidad para ocultar sus instalaciones que el Viet-

Tom Mangold y Jonh Penycate



TESTIMONIO

John Penycate (izquierda) y Tom Mangold fueron los primeros periodistas de la BBC que entraron en Vietnam después de la guerra. Al viajar por el mundo para conocer a supervivientes de ambos bandos, sus investigaciones revelaron por primera vez todo el espantoso drama de la guerra de túneles que tuvo lugar bajo las junglas vietnamitas. La historia completa se narra en su libro *The tunnels of Cu Chi*, un gran éxito de ventas.

LA GUERRA DE

Los vietcong vivieron durante años en increíbles complejos subterráneos, y los "ratas de túnel" norteamericanos hubieron de entrar y abrirse paso en ellos armados únicamente de linternas y pistolas, una actividad reservada a hombres muy especiales

cong", escribió el general William Westmoreland. "Eran topos humanos". El sistema de túneles alojaba a un ejército en guerra y contenía todo lo que éste necesitaba para hacer frente a la nación militar más poderosa del mundo : talleres y almacenes para esconder armas y suministros, cuarteles generales para planear sus estrategias de batalla, hospitales para cuidar de los heridos, además de cocinas, salas de conferencias y dormitorios. Para unos guerrilleros pobremente armados, mantener una guerra contra enemigos que entraban en combate en helicópteros no ofrecía más opción que abrirse camino bajo tierra. Oculto de día, el Vietcong surgía de noche como un gobierno en la sombra.

En los túneles se planearon grandes operaciones, como la Ofensiva del Tet de 1968, en el más absoluto de los secretos; grandes unidades se trasladaron sin ser detectadas. Los guerrilleros locales del Vietcong sentían especial devoción por la tierra de sus ancestros, y sus fuertes subterráneos era símbolo esencial de su resistencia ante aquellos que consideraban como invasores.

Construir un mundo bajo la jungla

El sistema de túneles comenzó a construirse durante la guerra colonial contra los franceses (1945-54), pero se extendió rápidamente cuando llegaron los norteamericanos. Lo construyeron, con azadones y capazos, trabajadores agrícolas "voluntarios" utilizando la arcilla roja que, al secarse, se endurecía igual que el hormigón. Cuando el nivel de la capa freática lo permitía, había varias plantas, separadas por trampillas estancas que sellaban el resto del sistema frente a gases o explosivos, al igual que las trampas de agua, unos recodos en forma de "U" excavados en el suelo del túnel y llenos de agua. Las trampillas que conducían arriba y abajo solían ser indetectables, haciendo creer a los exploradores que aquel túnel era corto cuando en realidad daba acceso a un inmenso sistema. Había túneles falsos y otros aparentemente sin salida. Los pasajes tenían unos pocos centímetros de diámetro, de modo que sólo los más ágiles podían serpentear por ellos, y zigzagueaban para romper las posibles líneas de tiro. Los túneles estaban sembrados de trampas hechas con granadas y afiladas estacas *punji* o con serpientes venenosas.

Las entradas a los túneles estaban hábilmente camufladas. Incluso el acceso a un importante cuartel general, como el de Phu My Hung, se hacía a través de una trampilla de medio metro. El Vietcong solía colocar minas cerca de sus túneles importantes: una unidad norteamericana que sufría bajas a causa de minas, seguramente no permanecería mucho tiempo en el área. En realidad, existen muchas evidencias de que el alto mando norteamericano nunca apreció por completo el tamaño del sistema de túneles, aunque sí tenía conocimiento de la resistencia y tenacidad del Vietcong en sostener el esfuerzo de guerra.

Para los guerrilleros del Vietcong, la vida en los túneles era increíblemente dura. El aire estaba viciado y la comida —que siempre andaba escasa— se descomponía con rapidez. Las arañas, hormigas y mosquitos proliferaban, y por debajo de la piel se abría camino un parásito llamado *chico* (unas larvas ácaras hematófagas) que causaba intensas irritaciones. Muchos guerrilleros sufrían de malaria o avitaminosis. A pesar de ello, se desarrolló todo un estilo de vida subterráneo. Había bodas y nacían niños. Se daban también conferencias para elevar la moral. Creció una gran industria que fabricaba minas con bombas norteamericanas sin detonar y otras piezas. Los hospitales del Vietcong tenían que estar cerca de los combates. Había puestos avanzados de primeros auxilios y grandes hospitales en los que no faltaban quirófanos; piezas de nilón de los paracaídas cubrían las paredes con el fin de dar cierto grado de protección a los heridos y moribundos mientras los cirujanos trabajaban a la luz de una vela. La constante escasez de suministros médicos hacía que los anestésicos faltasen y que las operaciones se convirtiesen a veces en un tormento. Los guerrilleros internados en aquellos hospitales subterráneos rezaban para ver de nuevo la luz del día, y sus gritos quedaban amortiguados bajo montones de arcilla.

Izquierda: Tenso y alerta, un "rata de túnel" mira cautelosamente hacia arriba al salir a la luz del día.

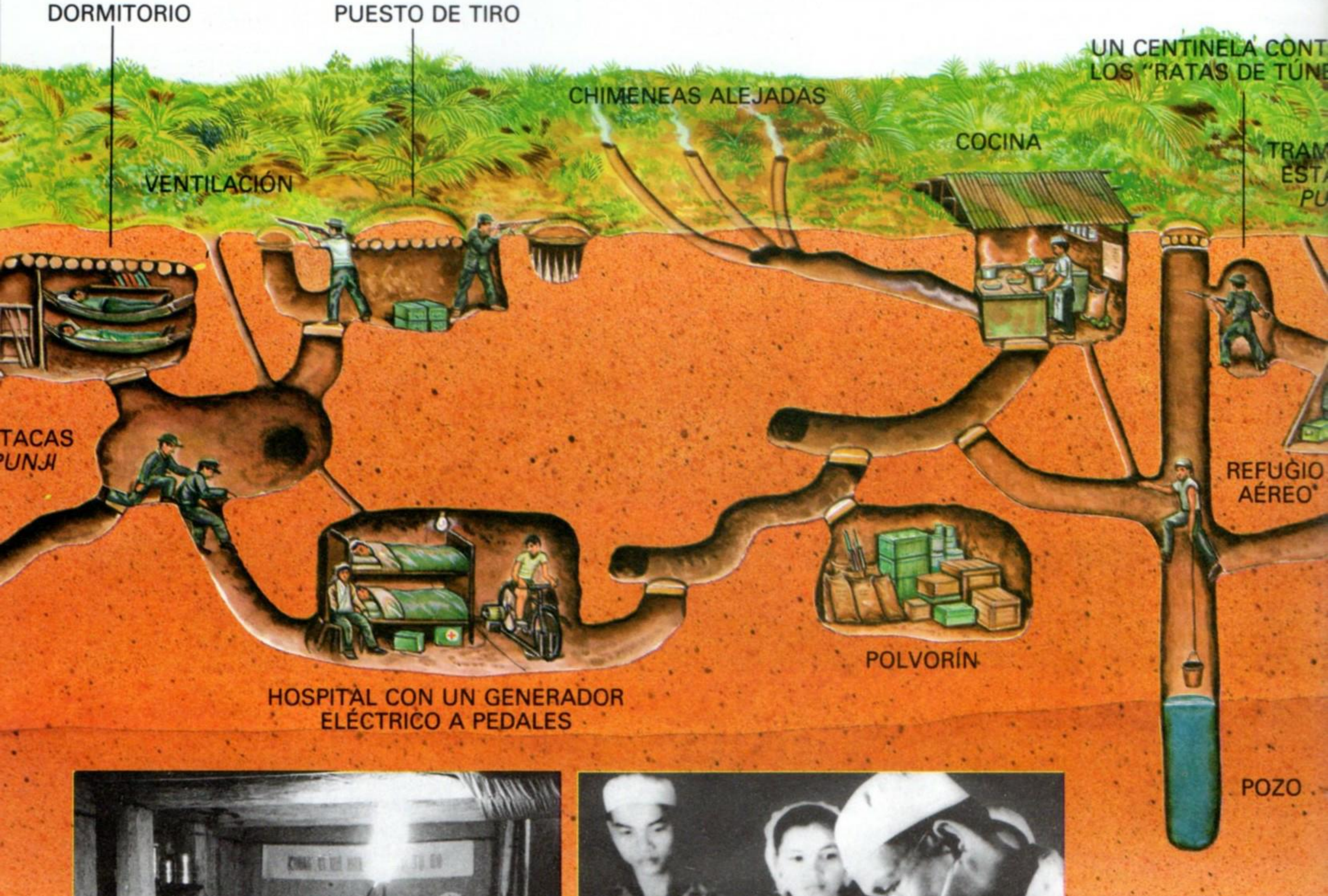
US Army

TUNELES

Arriba: Desnudo hasta la cintura y armado sólo con una linterna y una pistola, un "rata de túnel" se prepara para otra aterradora incursión en el mundo subterráneo del Vietcong. Las trampas explosivas, las balas y las estacas *punji* amenazarán cada uno de sus movimientos.

CAPÍTULO 8

Camera Press



Camera Press

COMPLEJO DE TÚNELES

Durante la guerra de Vietnam, el Vietcong construyó sistemas de túneles muy complejos en grandes áreas de Vietnam del Sur. En su interior, compañías completas del VC podían vivir y combatir durante largos períodos de tiempo.

Extremo izquierdo: Una escuadra cultural imparte una clase. En los túneles se realizaban también actividades en provecho del espíritu. Izquierda: Un equipo médico. A veces, la energía de un hospital subterráneo dependía de un generador movido a pedales.

Extremo izquierdo, arriba: Un perro descubre la entrada oculta de un túnel, por el que deberán aventurarse los equipos especializados para sacar al enemigo de su escondite. Arriba, izquierda: El cadáver de uno de los vietcong que vivían en el túnel.

Una de las mayores bases del Ejército norteamericano en Vietnam del Sur, Cu Chi, fue construida encima de un sistema de túneles del Vietcong. La altitud y relativa sequedad de la tierra, que la hacía adecuada para los vehículos, también la convertía en terreno ideal para túneles. Cuando la 25.ª División de Infantería llegó allí en 1966, un emprendedor guerrillero llamado Huynh Van Co estuvo escondido con dos camaradas del campamento durante una semana, saliendo de noche para provocar el caos y robar comida. Los ataques desconcertaban a la recién llegada 25.ª, que asumió que el fuego de morteros procedía del exterior de su perímetro. Pero (en palabras de un general) en realidad habían vivaqueado sobre un volcán. Tras causar un daño psicológico desproporcionando con respecto a su importancia militar, Huynh Van Co y los otros se retiraron al "cinturón" de túneles que rodeaban la base. Ni esos guerrilleros ni su red de túneles fueron nunca detectados.

Llegan los "ratas de los túneles"

Tras la Operación "*Crimp*", los comandantes norteamericanos empezaron a caer en la cuenta de la extensión e importancia del sistema de túneles. Conforme se iban encontrando más entradas, se hacían más intentos por destruirlos con explosivos o quemando gas de acetileno. Estos intentos tuvieron un éxito limitado, debido a la dureza de la tierra y a la capacidad del VC de efectuar reparaciones durante la noche. Se enviaban perros para encontrar a los guerrilleros, pero eran muertos o mutilados por las trampas. Los soldados que tenían que entrar en un túnel solían salir rápidamente, informando que aquél no llevaba a ninguna parte. Quedó claro que el Ejército tendría que preparar voluntarios especialistas para este problema *sui generis*. El resultado fue la aparición de unos infantes a los que se dio el indigno pero amenazador título de "ratas de los túneles".

El padre de éstos fue el capitán Herbert Thornton, un hombre calvo y de rostro redondo, natural del Profundo Sur de EE UU. Era el oficial especialista en guerra química de la 1.ª División de Infantería en Di An, encargado de contaminar los túneles con gas CS. Tiene suerte de seguir vivo. Una vez, comenzaba a penetrar en un túnel detrás de un novato que hizo detonar la mina de una trampa explosiva. La deflagración expulsó a Thornton del túnel; no sufrió heridas, pero quedó sordo de un oído. Nunca se encontró a su compañero.

Hombres especiales

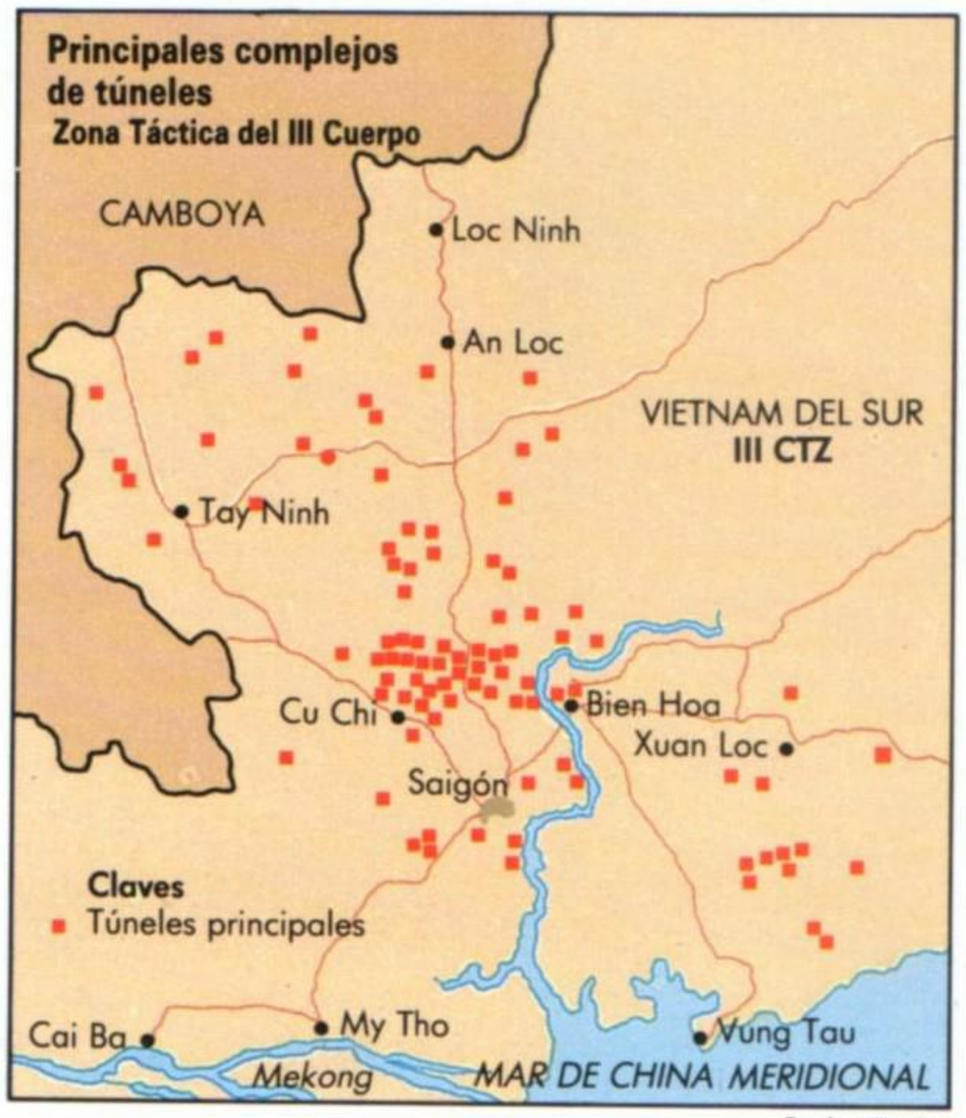
Los superiores de Thornton entendieron que la destrucción de túneles era una política ineficaz, sobre todo cuando supieron que aquella red subterránea podía contener la clave de los planes de batalla del Vietcong: un tesoro de documentos y mapas escondidos muy por debajo del suelo de la jungla. Thornton fue elegido para formar un equipo de exploración de túneles. No sólo se necesitarían hombres con ciertas habilidades fuera de lo común, sino también un tipo de temperamento y coraje inusual. "Un modo de ser muy especial", resumía Thornton. "Debían tener una mente inquisitiva, muchas agallas e

US Army

US Army

US Marine Corps

Las tropas norteamericanas lo intentaron todo para expulsar al Vietcong de su compleja red de túneles. Superior: Con los fusiles amartillados y listos, dos infantes de marina se acercan cautelosamente a la entrada de un túnel. Arriba: El humo y el gas CS no conseguían llegar a los recodos más profundos de los túneles. Arriba, derecha: Infantes de marina sacan a un compañero de un túnel.



Beckett/Nolan

intuición a la hora de saber qué tocar y qué no para seguir con vida... ya que uno podía salir de allí hecho pedazos en un abrir y cerrar de ojos. Al principio intentamos organizar equipos de túneles por toda la División, pero muchos fracasaban al carecer de los conocimientos suficientes para entrar correctamente en aquellos laberintos". Hubo hombres que murieron sin haber llegado a entrar en combate. Se asfixiaron cuando los explosivos consumían el poco oxígeno que había bajo tierra.

Expulsar al Vietcong

Era la misión más antinatural y enervante de todas: arrastrarse durante horas a través de túneles de tierra, oscuros como boca de lobo, enfrentándose a una muerte repentina en cualquier momento. Un alambre o una raiz podía disparar una granada o liberar una víbora. Los guerrilleros del Vietcong yacían esperando silenciosamente a estrangular a un "rata de túnel" cuando éste pasaba por una trampilla o empalarlo con una lanza de bambú mientras descendía por un pozo. Los "ratas de túnel" necesitaban nervios de acero y unos sentidos muy agudos. A veces, los hombres se venían abajo durante el trabajo. Eran sacados a la superficie llorando y

Pete Rejo

Arriba: El sargento Pete Rejo en acción. Uno de los más valientes y decididos "ratas de túnel", Rejo se convirtió en un experto y desarrolló un estilo propio.

gritando que se les relevase de aquellas misiones bajo tierra.

Un antiguo "rata de túnel", Harold Roper, comentó: "Sentí más miedo del que jamás he sentido, antes o después de aquello. Los del Vietcong llevaban sus muertos a los túneles después de una batalla porque sabían que solíamos hacer recuento de cadáveres. Encontrarse con uno no era nada agradable. Era peor que si hubiesen estado allí una semana...¡apestaban! Todo se descomponía rápidamente a causa de la humedad. Pasé junto a cuerpos descompuestos varias veces. No me produjo náuseas. Yo era un animal...los seres humanos no hacen las cosas que nosotros hacíamos. Estaba entrenado para matar o morir. Al recordarlo parece irreal. Ni siquiera se me ocurriría hacer algo semejante de nuevo". Los "ratas de túnel" se convirtieron en un cuerpo de élite en Vietnam, con su propia insignia *ad hoc* y demás privilegios.

Linterna, pistola y cuchillo

Cuando la infantería descubría un túnel, un helicóptero llevaba hasta allí un equipo de "los ratas" para explorarlo y expulsar al VC. A pesar de pertenecer al ejército mejor equipado del mundo, sus técnicas eran simples. Todo lo que llevaban era una linterna eléctrica, una pistola y un cuchillo. Operaban en pequeños equipos, transmitiendo información a la superficie por cable telefónico, aunque muchos rechazaban todo tipo de comunicaciones, prefiriendo mantener los oídos atentos al más leve sonido bajo tierra que pudiese anunciar peligro. Los "exploradores de Kit Carson", antiguos guerrilleros del Vietcong que habían desertado, acompañaban a "los ratas" para confundir a los VC ocultos en los recodos de los túneles. Los "ratas" adoptaron sus propios códigos y procedimientos: nunca se disparaba bajo tierra más de tres balas seguidas sin remunicionar, pues el enemigo sabría cuándo se le había agotado la munición.

Héroes subterráneos

¿Qué clase de hombres se ofrecían voluntarios para esta peligrosa tarea? Evidentemente, los más menudos tenían ventaja, y muchos de ellos fueron mexicanos o de otras etnias latinoamericanas. Todos eran héroes excéntricos que sabían que aumentaría la estima de sus compañeros hacia ellos al encargarse de una misión tan horrenda. La suya era la máxima expresión de combate con el enemigo, cara a cara, singular. Para "los ratas", una luz al final de un túnel era normalmente un vietcong con una vela.

El sargento de estado mayor Pete Rejo era un cubano alto y nervudo que se ofreció para dos períodos de servicio adicionales con la escuadra de "ratas de túnel" de la 1.ª División de Infantería. Para él, la guerra en los túneles se convirtió en una obsesión. "Me encantaba. El enemigo nos disparaba y después se escurría por los agujeros. Yo sabía que nos mandarían allá abajo. A donde hiciese falta, a lo más hondo. Cuando me decían que allí debía haber un VC, me deshacía de placer". Rejo perseguía al vietcong o nordvietnamita por los escondrijos del sistema hasta que lo acorralaba. Sus armas favoritas eran el cuchillo o la bayoneta. Nunca hizo prisioneros en los túneles.

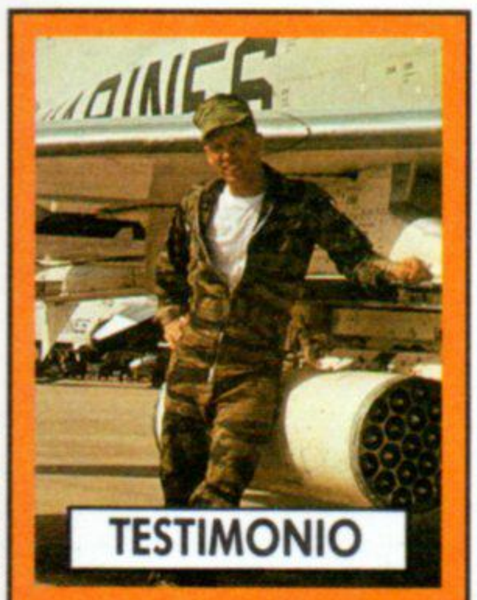
Jamás se dejó a un "rata" muerto en un túnel. Un hombre herido era un obstáculo para sus compañeros y daba a los guerrilleros una ocasión para escapar. Tal era la camaradería de los "ratas", que solían faltar a las reglas y volvían solos para acabar con algún VC que había disparado sobre un compañero. El sargento Pete Rejo no sólo incumplió las órdenes de su jefe de escuadra, el teniente Randy Ellis, sino que además lo mantuvo deliberadamente ajeno a la presencia continua de un enemigo en un túnel del Triángulo de Hierro cuando un compañero sufrió graves heridas bajo tierra. Con el pretexto de bajar para destruir el túnel con una carga explosiva, Rejo descendió solo para acabar con el soldado nordvietnamita, que sabía estaba acorralado. Rejo también sabía que el soldado comunista estaría sentado con su AK-47 listo para convertir la noche subterránea en día con los fogonazos de su arma automática en aquel confinado espacio. Mientras se acercaba, Rejo tomó precauciones; instaló su carga en la entrada del túnel donde sabía que acechaba el enemigo. Cuando explosionó, el túnel se derrumbó. Rejo no pudo decir nada a Ellis, y nunca sabrá si su enemigo quedó enterrado como pretendía o —lo que es más probable— se escurrió por algún pasaje secreto, arrastrándose hacia la vida a través de la tierra húmeda de Vietnam del Sur.

CAPÍTULO 9

FUEGO DESDE EL CIELO

USAF

Los pilotos de Phantom del Cuerpo de Infantería de Marina de EE UU enviados a Vietnam en el verano de 1965, que llegaban a dormir bajo las alas de sus aviones, debían volar bajo y a gran velocidad si hacía falta para proporcionar la necesaria cobertura aérea a las tropas



Robert F. Dorr

El autor, suboficial John D. Cummings, que volaba con el indicativo "L'il John", se convirtió en uno de los más expertos navegantes de la Infantería de Marina. Volvió a Vietnam en 1972 para un segundo turno de operaciones.

Fuimos los primeros aviadores en el país, pilotos de caza de la Infantería de Marina con los "*Gray Ghosts*" del VMFA-531. Llegamos a Da Nang en abril de 1965, al comienzo de los grandes refuerzos, mucho antes de que viniesen a Vietnam los niñatos de la Fuerza Aérea con sus Phantom.

Nuestros F-4B Phantom eran nuevos, pero todo lo demás era muy primitivo en aquel país. Cuando llegamos, Da Nang era un lugar muy atrasado. Recuerdo que se levantaban nubes de polvo por todas partes. Los otros únicos aviadores en Da Nang eran los chicos de los helicópteros UH-34 de la Infantería de Marina, que habían volado en la operación "*Shu Fly*" en apoyo del ARVN en el delta del Mekong desde 1963. Nos trataban altivamente y vivían a sus anchas en frescos edificios coloniales mientras nosotros dormíamos en tiendas o en la pista, bajo las alas de nuestros Phantom. Y habíamos traído con nosotros sólo lo que cabía en nuestros cazas: nuestras bolsas de aseo, los equipos de vuelo y algún que otro par de calcetines limpios.

La teoría consistía en que los infantes de marina llegaron a Da Nang para proteger el aeródromo. Pero la realidad era que nos preparábamos para enfrentarnos a las veteranas fuerzas del Vietcong en el área: el primer asalto entre nuestros muchachos y lo mejorcito de Charlie (el apodo del Vietcong).

Al principio sólo dimos algunas vueltas soltando un montón de humo negro. El Phantom era famoso por su larga estela de gases de escape, lo que era de gran utilidad para los artilleros del VC. Podían apuntarnos desde un kilómetro y medio de distancia.

Pero era en tierra donde sufríamos los verdaderos apuros. Construimos un "centro público de confort" de 16 agujeros, cerca de las tiendas. Bueno, había que hacerlo al aire libre, con todo el mundo mirándote. Público sí que era, pero de confortable nada. Y el jodido polvo entraba en todas partes. Para comer y ducharnos teníamos que aguantar media hora de paseo en un camión seis por seis hasta el otro extremo del campo.

Realizábamos todo tipo de misiones, pero nuestro principal trabajo era ayudar a los muchachos de tierra con cobertura aérea cercana. Al principio volábamos para el ARVN, pero en mayo y junio empezamos a apoyar a los nuestros. Todos éramos infantes de marina —fusileros, antes que nada—, por lo que, cuando ellos estaban envueltos en algún combate, no podíamos sentarnos sobre nuestras bayonetas y observar. El tiempo era abominable. Pero dimos cobertura aérea a los muchachos por todo el país, fuera cual fuera el tiempo.

Combatir en la oscuridad

Teníamos las nuevas bombas de baja resistencia en lugar de las de cola de caja de la Segunda Guerra Mundial que utilizaban nuestras unidades basadas en casa. Pero nunca habían bastantes. El secretario de Defensa, Robert McNamara, dijo que era una "falsa escasez de bombas". Créanme, era real. Nuestros muchachos salían con un lanzador múltiple de seis bombas, pero con sólo tres armas en cada uno. Estábamos tan desesperados que, de hecho, birlamos armamento a los portaviones de la

Robert F. Dorr

Izquierda: Un bombardeo con *napalm*. Una misión de ataque de los Phantom (derecha) podía durar hasta cuatro horas. Sin embargo, en una ocasión en que Da Nang era atacada con morteros, un piloto de F-4 batió el récord de brevedad en una misión. Despegó, lanzó sus bombas y aterrizó...en sólo 17 minutos.

lorific/Terry Spencer

Arriba: Mientras el personal de tierra revisa el avión, el piloto y el RIO repasan los detalles de su misión antes de subir a bordo del Phantom y pasar a la acción (derecha). El efecto de un ataque aéreo a baja cota de los F-4 podía ser devastador.

EL F-4 PHANTOM

Puesto en vuelo el 27 de mayo de 1958, el McDonnell Douglas F-4 Phantom fue diseñado como interceptador de gran altitud, largo alcance y embarcado para la Armada y el Cuerpo de Infantería de Marina norteamericanos. Rompiendo por completo con la tradición, estaba armado exclusivamente con misiles aire-aire (AAM) en lugar de cañones, y equipado con un potente radar que exigía la presencia de un segundo tripulante: el oficial de intercepción por radar (RIO), o navegante.

Con una velocidad máxima de 2 362 km/h suministrada por dos turborreactores General Electric J79-8B con poscombustión, el F- 4B de serie se había adaptado por completo a las operaciones embarcadas al comienzo de la intervención norteamericana en Vietnam, entrando en acción por primera vez en agosto de 1964 como parte de los ataques de represalia que siguieron al incidente del golfo de Tonkín.

Normalmente, se utilizaba el F-4 para proporcionar cobertura superior a los aviones de ataque, es decir, buscar y luchar contra los MIG norvietnamitas en combate aéreo clásico. Equipado con cuatro misiles aire-aire AIM-7 Sparrow y dos AIM-9 Sidewinder, el F-4 era un intreceptador extremadamente eficaz.

No obstante, el F-4 también podía adaptarse a otras funciones, sobre todo a las de ataque al suelo. Los escuadrones del Cuerpo de Infantería de Marina y la Fuerza Aérea, estacionados en bases aéreas de Vietnam del Sur, solían realizar misiones de cobertura para las fuerzas terrestres norteamericanas y del ARVN, siendo llamados a la acción por los controladores aéreos avanzados (FAC).

Armada que eran desviados a Da Nang con daños de combate. Parte de él no supimos nunca cómo utilizarlo, como por ejemplo las bombas frenadas Snakeye. Las normas eran muy estrictas. No se nos permitía lanzar una bomba a menos que tuviésemos un objetivo caliente seguro.

En los primeros días, nadie sabía mucho acerca del trabajo nocturno. Charlie dominaba la noche. Tenía completa libertad para realizar patrullas, tender emboscadas y redistribuir sus unidades. Pero, de vez en cuando, realizábamos alguna misión nocturna, denominada *"Blue Blazer"*.

Rob Hanke y yo fuimos despertados una calurosa noche cuando dormíamos bajo las alas de nuestros aviones. Nos enviaron al sur de Da Nang. Había dos F-100 Super Sabre de la Fuerza Aérea delante nuestro, en la oscuridad. Charlie había capturado algunos prisioneros sudvietnamitas, y un viejo avión de abastecimiento C-123 lanzaba en torno a ellos bengalas de un millón de bujías de potencia que casi nos cegaban.

No nos habían dado instrucciones. Nunca habíamos volado con bengalas. Ni siquiera conocíamos las características del terreno y había bastantes posibilidades de colisionar con él...eso si antes no lo hacíamos en pleno vuelo con uno de los F-100 de la Fuerza Aérea. Éstos se lanzaron hacia el paso de montaña donde Charlie estaba reuniendo a los prisioneros, y se ve que no les gustó estar allá abajo, en las sombras. Los dos chicos de la Fuerza Aérea nos informaron por radio que sus bombas no se habían soltado —algo imposible estadísticamente— y que dejaban el trabajo para nosotros.

Mi piloto nos llevó valle abajo y pude ver perfectamente una columna de hombres moviéndose a lo largo del lecho de un riachuelo. Lanzamos las bombas. Una de ellas quedó enganchada, pero después supe que las otras consiguieron buenos impactos. No podía ver nada en aquel momento: estábamos ascendiendo con un elevado número de *g* para salvar aquella sierra.

Rob Hanke y su oficial de interceptación radar (RIO), Fred Schwartz, venían detrás nuestro, y lo que hicieron fue increíble. Salimos del viraje a tiempo de ver sus bombas caer directamente sobre las filas de hombres que apenas acababan de dispersarse. Rob tenía acreditado oficialmente el mayor palmarés de bombardeo de la guerra, estimado en unas 250 bajas en una sola pasada. La mayoría de los que acabábamos de bombardear eran guerrilleros, pero, tristemente, algunos eran prisioneros sudvietnamitas. Los servicios de información dijeron que, de todos modos, los VC tenían planeado matarlos.

Teníamos un problema con las cargas de *g* (la aceleración debida a la gravedad terrestre) cuando los Phantom maniobraban con rapidez. En una oca-

sión, Rob Hanke atacó muy bajo —tanto que, de vuelta en Da Nang, encontraron una astilla de árbol incrustada en una toma de aire— y el enemigo empezó a tirarle con ametralladoras del doce setenta. Trepó de un modo tan abrupto que Ed Janz, en el asiento posterior, perdió el conocimiento durante unos instantes. Después supimos que en el asiento trasero de un Phantom incide más la fuerza de gravedad durante un ascenso brusco que en el delantero, por lo que modificamos nuestra forma de volar en consecuencia.

En junio ya estábamos en ciernes. La Infantería de Marina de Estados Unidos, que no había entrado en combate desde Corea, iba a lanzarse contra Charlie en una gran batalla. Queríamos estar allí, sobre nuestros muchachos. Pero nuestro escuadrón llevaba ya en el Westpac - Pacífico Occidental - casi dos años, y quedamos alicaídos cuando nos dijeron que el 531 tenía que volver a casa antes de esa primera gran batalla en tierra.

Entretanto, seguíamos atragantándonos con el polvo de Da Nang y maldiciendo aquellas abominables condiciones de vida. Yo había descubierto un retrete genuino, con su cisterna y todo, en el extremo opuesto del campo, pero no dije ni pío sobre él. Mientras cagaba confortablemente, el resto de los muchachos seguían poniéndose en cuclillas sobre aquellos 16 agujeros.

"Ho Chi Minh no va a ganar"

Como infantes de marina, nos hicimos a estas condiciones. Sí, éramos pilotos de caza, pero no esperábamos recibir un trato mejor que el de los muchachos en tierra. La línea de vuelo estaba repleta de tipos que pintaban en las bombas "Ho Chi Minh no va a ganar", otros hacían sus necesidades en los 16 agujeros, rodeados de mosquitos y moscas verdes, y todo el mundo parecía interesarse por el paradero de mi virguería con cisterna. Teníamos un club: una chabola de madera con un cartel que rezaba "No se permiten abrigos, corbatas ni esposas de la Armada", traído de nuestra guarnición en Japón. Siempre se discutía si era la Armada o la Fuerza Aérea quien tenía menos en común con nosotros, los infantes de marina, pero en Da Nang cualquier mujer, incluso una esposa de la Armada, hubiera sido bienvenida. La única vez que se permitió a la tropa bajar a la ciudad, le vendieron a uno un mechero trampa que le voló la cabeza. A raíz de eso, la ciudad —y las chicas— nos fue vedada.

Las misiones empezaban siempre con una diana antes del amanecer; la hora variaba, pero nosotros siempre la llamábamos las "cero y media de oscuridad". Las sesiones de instrucción sobre el tiempo y demás eran limitadas. La mayoría de las veces no nos decían cuál era el objetivo hasta que estábamos en el aire. Los controladores aéreos avanzados que localizaban los blancos para nosotros eran aviadores de la Infantería de Marina, como nosotros, sólo que estaban en tierra con radios. Llegábamos bajo y a todo gas, y a veces disparábamos a Charlie cuando estaba a pocos pasos de los nuestros.

A comienzos de julio fuimos relevados por otro escuadrón de la Infantería de Marina, los *"Flying Nightmares"* del VMFA-513. Los Phantom de la Infantería de Marina estuvieron en el Sudeste asiático hasta que el 531 dejó Nam Phong, Tailandia, en julio de 1973. Pero, aunque algunos de nosotros lamentamos perdernos el acontecimiento y la mayoría volvió para otra estancia en el frente, los *"Gray Ghosts"* del 531 fuimos los primeros llegados allí, algo que nadie más puede reivindicar.

ROBERT F. DORR

GUERRA EN EL AIRE

En 1954, la víspera de la derrota francesa en Indochina, había vari cientos de hombres de la Fuerza Aérea norteamericana en Vietnar cuyo trabajo era ayudar a mantener una flota de aviones de transporte C-47 para las fuerzas francesas. Cuando Vietnam fue dividido en dos, los consejeros, mecánicos y personal de adiestramiento norteamericanos quedaron en el Sur para trabajar con la Fuerza Aérea sudvietnamit

En 1961 la función de asesoramiento se había ampliado un escuadrón de entrenamiento especial norteamericano conocid como *"Farm Gate"* instruía a pilotos sudvietnamitas en las tácticas del vuelo de combate. U año después, los mismos pilotos norteamericanos participaban en guerra, en misiones experimental de defoliación, y no pasaría muc tiempo antes de que se informase sobre misiones de combate real realizadas por los norteamerican cuando los pilotos vietnamitas resultaban incapaces de arreglárselas por sí solos.

Después del incidente del golfo de Tonkín, en agosto de 1964, se lanzó a la contienda el poderío aéreo norteamericano cuando lo aviones de la Séptima Flota norteamericana efectuaron ataqu aéreos de represalia contra objetivos costeros nordvietnamito Estas incursiones fueron seguidas por el despliegue de cazas y bombarderos norteamericanos a bases en Tailandia y Vietnam.

La continua escalada de la participación norteamericana en guerra aérea alcanzó su punto álgido en febrero de 1965, en qu se efectuaron una serie de incursiones aéreas denominadas *"Flaming Dart"* contra objetivos nordvietnamitas como réplica a l ataques del Vietcong contra el personal norteamericano de una base cercana a Pleiku y en Saigo

En marzo, la actividad aérea norteamericana aumentó todavía más, pues dio comienzo una campaña de bombardeos contin contra el Norte: la Operación *"Rolling Thunder"*.

Mientras seguía la campaña d bombardeo en el Norte, los aviones norteamericanos empezaron a realizar misiones d apoyo aéreo cercano para las tropas que luchaban en los camp de batalla del Sur y a atacar los convoyes de tropas y suministros enemigos que llegaban por la R Ho Chi Minh. El poder aéreo norteamericano golpeaba ahora con la máxima dureza.

ARCHIVO FOTOGRÁFICO 2

HERIDO EN ACCION

Colorific/Time Life/Olson

En 1965 el coste humano de la guerra alcanzó nuevas dimensiones para los estadounidenses: 5 300 hombres fueron heridos y 1 350 murieron. Pero, más allá de estas estadísticas, detrás de cada baja hay una historia que espera ser contada, un drama

Derecha: Con las dos piernas rotas, un infante de marina se agarra a la culata de un fusil M16 para que le arrastren hasta lugar seguro.

Colorific/Time Life/Olson

Derecha: Cuando apremiaba el tiempo, las camillas eran muy difíciles de utilizar en la densa vegetación de Vietnam. En la fotografía, cuatro soldados llevan a un compañero inconsciente hacia una LZ agarrado por las costuras del uniforme.

Colorific/Time Life/Burrows

Izquierda: Un carro es utilizado como ambulancia para llevar a los heridos y moribundos lejos de la zona de batalla.

Derecha: Después de una batalla, un infante de marina hace una pausa para ofrecer su cigarrillo a un compañero herido antes de que llegue el helicóptero de evacuación.

US Marine Corps

CAPÍTULO 10

PARADESTA GUERRA

¿Era necesario que Estados Unidos hiciese la guerra en el Sudeste asiático? Ya en 1965, millones de ciudadanos norteamericanos creían que este conflicto era un error

Associated Press

Associated Press

Página, anterior: John Seltz, de 25 años, intenta detener un tren de tropas en Berkeley, California, el 24 de agosto de 1965. Derecha: La quema de cartillas militares se convirtió en el símbolo más visible de la protesta contra la guerra.

A mediados de octubre de 1965, David Millar, un jesuita de 22 años que trabajaba en un comedor de beneficencia, levantó en alto su cartilla militar en un mitín anti Vietnam que se celebraba en Manhattan. "Creo que achicharrar aldeanos con *napalm* es inmoral", dijo sosteniendo un mechero junto a la cartilla. "Espero que esto sea un acto significativo, así que ahí va", y la quemó. A finales de octubre, Millar se convirtió en el primer norteamericano procesado bajo una nueva ley que consideraba la quema de cartillas militares como una ofensa federal y que castigaba con una pena máxima de cinco años de prisión y 10 000 dólares de multa.

Vietnam fue la primera guerra televisada del mundo. Una noche tras otra, cuando las familias norteamericanas se sentaban a cenar, se enfrentaban a los horrores de la guerra moderna en las noticias de las 18,00. En los elegantes salones de cócteles y en los bares barriobajeros, la guerra era el terrible telón de fondo de algún baile de sociedad o alguna copa nocturna con los amigos. Incluso en las calles, los televisores de los escaparates de las tiendas de electrodomésticos mostraban a los transeuntes escenas de sobrecogedora violencia.

En 1965, el 93 por ciento de los hogares norteamericanos tenían televisor. Los de color habían empezado a causar gran impacto en el mercado un año antes. Pronto, todo el mundo en aquel país se familiarizó con el fuego anaranjado del *napalm*, los verdes intensos de la jungla asiática, el amarillo pálido del barro monzónico y el negro estremecedor de la piel quemada.

Eran imágenes compulsivas. Las emitían a diario, como si formasen parte de un culebrón de gusto más que dudoso. Pero las imágenes eran más escalofriantes que todo lo que pudiera fabricar Hollywood. Eran reales y mucha gente tenía amigos en el reparto. Y, sin John Wayne en la pantalla, el norteamericano medio no podía estar seguro al 100 por cien de que ganasen los buenos.

Pero no eran sólo las imágenes de la guerra las que golpeaban la conciencia nacional. Las manifestaciones por la paz pronto empezaron también a hacerse asiduas en las noticias. Cuando Estados Unidos entró en guerra, en 1965, la respuesta en el frente nacional fue inmediata. En Washington DC, 25 000 manifestantes antibelicistas se echaron a las calles. Muchos de ellos habían estado durante años protestando por el papel de Estados Unidos en Vietnam, pero su protesta había quedado confinada a las aulas de facultades y colegios, casas de reunión de cuáqueros y en las columnas de revistas pacifistas de poca tirada.

Muchos de los que protestaban eran pacifistas de la vieja escuela, normalmente con un trasfondo religioso. Otros eran maestros de escuela y estudiantes que ya participaban en otras formas de protesta política en instituciones académicas. Y había escritores radicales y liberales moderados que estaban en contra de la guerra, pero que también realizaron protestas violentas.

David Dellinger, el líder pacifista que se convirtió en el primer norteamericano que visitó Hanoi en tiempo de guerra, describió "...la embriagadora sensación, después de solitarias vigilias, de que el país empezaba a darse cuenta de lo que estaba sucediendo".

Detenidos en las vías

A finales de junio, los hombres de la 173.ª Brigada Aerotransportada que iniciaron las operaciones de búsqueda y destrucción en la Zona de Guerra D, al nordeste de Saigón, ya habían estado antes en acción...frente a los manifestantes. Los activistas antibelicistas habían retrasado sus trenes de tropas bloqueando las vías. Aquel mismo verano, el Comité del Día de Vietnam, formado en el campus de la Universidad de California, en Berkeley, la primavera anterior, organizó nuevos intentos de detener trenes de tropas, pero no tuvieron éxito. Sólo un puñado de radicales enfervorecidos estaban a favor del enfrentamiento físico. La mayoría de los manifestantes sólo estaban preparados para montar piquetes en los centros de reclutamiento local y marchar en las manifestaciones.

En enero de 1965, una encuesta Harris mostró que el 59 por ciento de los norteamericanos eran indiferentes respecto a la participación de la Administración en Vietnam. En el verano, una sólida mayoría de dos tercios de norteamericanos apoyaban la guerra. "Hay demasiado en juego como para echarnos atrás ahora", dijo un trabajador de 29 años de Greensboro, Indiana. "Debemos terminar el trabajo".

PROTESTAS EN GRAN BRETAÑA

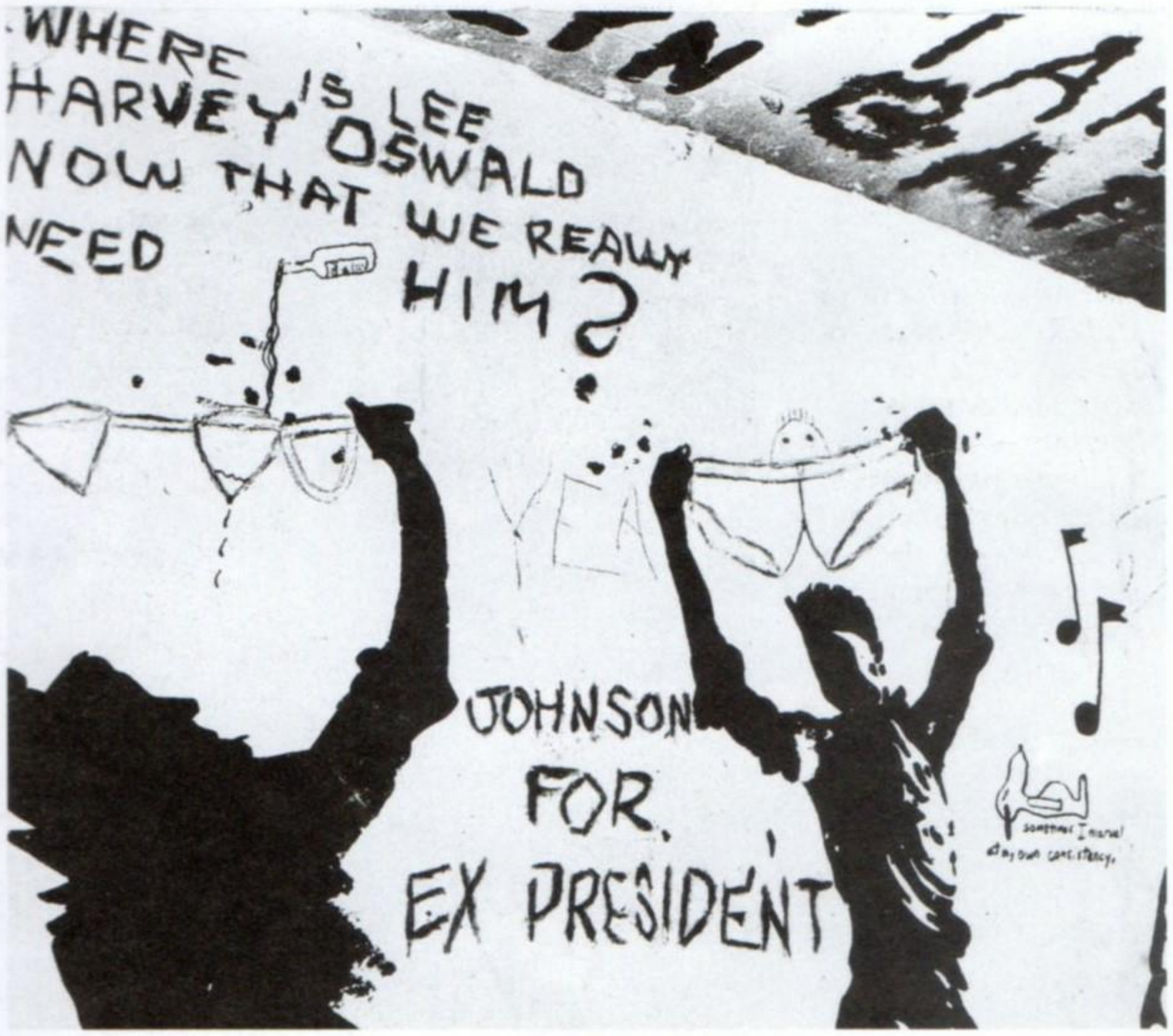
Los sentimientos pacifistas alcanzaron una elevada expresió en Gran Bretaña. El 4 de julio de 1965, un nuevo *gurú* de izquierda Tarik Alí, dio un mitin en Trafalga Square organizado por las Juventudes Nacionales Pro Desarme Nuclear. Aquella noche explosionó una bomba de fabricación casera en la puerta trasera del edicicio de American Express, cerca de Haymarket. Se reforzaron las patrullas de policí alrededor de la Embajada de Estados Unidos y otros edificios.

El 16 de octubre, la Junta por l Paz en Vietnam y la Campaña Pr Desarme Nuclear británicas iniciaron una manifestación de d días delante de la Embajada de Estados Unidos, en Grosvenor Square. Se entregó una carta pidiendo que EE UU cesase los bombardeos e iniciase sinceras negociaciones de paz; los comité pro paz de Londres y los condad se trasladaron al lugar para continuar la protesta. Entretanto, 1 000 personas asistían a una manifestación en Trafalgar Squar organizada por el grupo de desobediencia civil antinuclear, e Comité de los 100. Se hicieron llamamientos a los sindicalistas para que trajesen la paz al mund

Miembros del Comité de los 10 marcharon con pancartas desde Royal Festival Hall hasta el mitín Trafalgar Square. Unos 1 500 manifestantes marcharon a Grosvenor Square, y la Liga de Jóvenes realizó un desfile con antorchas hacia la Embajada.

Al día siguiente, con 200 manifestantes delante del edificio la policía cercó la plaza. Alguno de los manifestantes se sentaron la calle y fueron evacuados en furgones policiales. Unos 100 intentaron volver a la plaza, pero la policía se lo impidió. Unas 78 personas fueron arrestadas.

Al día siguiente, en el juzgado, fueron condenados a pagar dos libras con tres guineas por las costas y puestos en libertad condicional para no empeorar la cosas. Uno de ellos, la señora Ja Graham, se negó a pagar la mul y se le ofreció la alternativa de u mes en prisión. Fue vitoreada po la gente que había en la sala, donde el magistrado hubo de poner orden. Éste fue el pacífico preludio de los violentos enfrentamientos de 1968.



Camera Press

Arriba: Esta pintada apareció en el club de oficiales de EE UU en Hanau, RFA: "¿Dónde está Harvey Lee Oswald ahora que realmente le necesitamos?" y "Johnson para ex presidente".

Sin embargo, había una batalla moral en marcha en Estados Unidos, en la que participaban y ganaban los pacifistas. Desde comienzos de los años sesenta, los pacíficos manifestantes que pedían derechos civiles —tanto blancos como negros— fueron golpeados, insultados e incluso asesinados al protestar contra las escuelas, alojamientos y transportes segregacionistas y contra las injustas pruebas de analfabetismo que impedían votar a tantos negros sureños. Pero a pesar de los criminales actos de policías como Bull Connors, en Alabama, que echó los perros a los manifestantes, de las porras de los soldados de la Guardia Nacional y de los "pacos" del Ku Klux Klan y las pedradas de los racistas, en agosto de 1965 ganaron los manifestantes al promulgarse el Acta de Derechos de Voto. Esto dio a los activistas radicales una gran experiencia y el sentimiento de que podrían ganar frente a todo lo que la Administración lanzase contra ellos. Y cuando el líder pacifista pro derechos civiles Martin Luther King habló en contra de la guerra, trajo consigo no sólo una abrumadora autoridad moral, sino también el poder de su imponente, carismática y muy televisiva oratoria.

Aunque el movimiento pro derechos civiles había hecho mucho por la posición constitucional de los negros sureños del campo, aquellos que se apiñaban en los atestados tugurios de las ciudades del norte y el oeste no querían sueños, sino puestos de trabajo. En agosto de 1965, en el gueto de Watts, en Los Angeles, estalló la violencia. Se elevaron los gritos de "Arde, nene, arde" y "Blanquéate".

Luchar por los blancos

En los mítines posteriores a estos hechos, grupos de negros abandonaron las tácticas pacifistas de Martin Luther King mientras votaban para oponerse a la guerra. Ya muchos habían notado el número, desproporcionadamente alto, de negros en el frente. Aunque sólo un 8 por ciento del personal militar en Estados Unidos era de color, en 1965 los negros constituían un 23 por ciento de los soldados muertos en acción.

Entretanto, en los acomodados barrios blancos, los hijos de los pudientes podían fácilmente conseguir una prórroga quedándose en la facultad, casándose y fingiendo homosexualidad o problemas de salud. Algunos tomaban droga para que les subiese la tensión. Otros se pinchaban los brazos para simular huellas de hipodérmicas. Los médicos solían compadecerse de ellos. "Yo salvo vidas dejando gente fuera del Ejército", dijo uno. Con sus hijos a salvo en casa, muchos norteamericanos de clase media veían la guerra como un modo muy útil de limpiar los guetos de negros iletrados y altivos.

Algunos chicos, desesperados por librarse de ir a

Rex Features

LBJ fue considerado un belicista, culpable de la masacre de Vietnam.

Associated Press

Benjamin Spock, experto pediatra, se hizo eco de la preocupación del ciudadano medio.

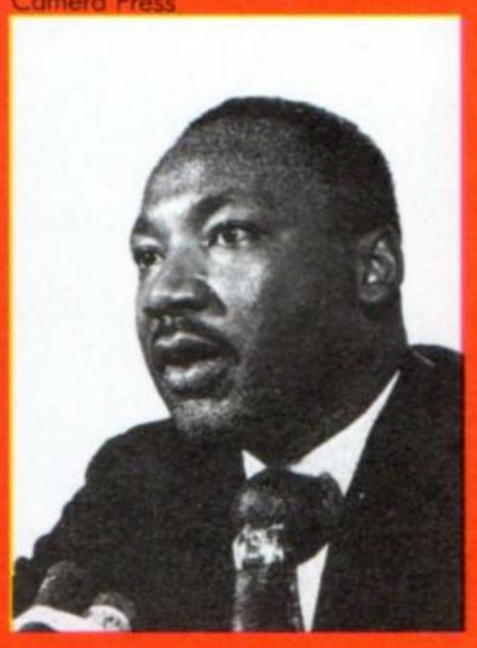
Robert Hunt Library

Dave Dellinger, director de *Liberation*, lleno de pintura arrojada por jóvenes fascitas.

Associated Press

Norman Morrison, padre de tres hijos, se prendió fuego y murió delante de su hija pequeña.

Camera Press



Martin Luther King, la voz de la protesta negra, dio autoridad moral a la causa antibélica.

la guerra, daban el más drástico paso de todos y marchaban al exilio, principalmente a Canadá, México y Suecia. En el transcurso de la guerra, las autoridades de inmigración canadienses registraron unos 30 000 prófugos pero, según una organización de exiliados, otros 50 000 se instalaron allí ilegalmente.

Sin embargo, la quema de cartillas militares era el método favorito para resistirse radicalmente a la guerra. Ello se convirtió en una característica frecuente de las manifestaciones antibelicistas y las noticias diarias. Esto solía enfurecer a espectadores hostiles, quienes algunas veces atacaban físicamente a los manifestantes o apagaban las llamas con agua o extintores. Las primeras filas de la marcha de Nueva York recibieron una lluvia de pintura roja. En Chicago y Oakland arrojaron huevos a los manifestantes. En Detroit, la voz de los manifestantes que coreaban "¡Eh, eh, LBJ! ¿Cuántos chicos mataste hoy?", quedó ahogada por la de los contramanifestantes, que cantaban el himno *The Star-Spangled Banner* [LBJ eran las iniciales de Lyndon Baines Johnson, el presidente de EE UU]. Y en Berkeley, 12 000 manifestantes que iban camino de la Terminal del Ejército de Oakland tuvieron que retroceder ante la policía y los gases lacrimógenos.

Un asunto que quema

El 2 de noviembre, Norman Morrison, un cuáquero, se prendió fuego y murió delante del Pentágono. Ya varios monjes budistas y una jóven se habían suicidado de esta forma en las calles de Saigón. Ahora, este gesto brutal e incontestable trajo el horror de la guerra al suelo norteamericano. Una semana después, el 9 de noviembre, Roger Allen LaPorte se prendió fuego hasta morir delante del edificio de las Naciones Unidas en Nueva York.

El 19 de moviembre se publicó la cifra de norteamericanos muertos en Vietnam: 1 000. No había estadísticas sobre los muertos vietnamitas.

Las protestas de ese año culminaron el 27 de noviembre con una manifestación de 30 000 personas, de más edad y más tranquilas, en Washington DC. Estaba organizada por el SANE, el Comité para una Política Nuclear Sensata, cuyo miembro más famoso era el doctor Benjamin Spock. Era el autor de *El cuidado de niños y bébes*, el libro de cabecera de los padres del *boom* de la natalidad que siguió a la Segunda Guerra Mundial. Su presencia dio un gran impulso a la respetabilidad del movimiento ante la opinión pública y atrajo a muchos moderados de más edad.

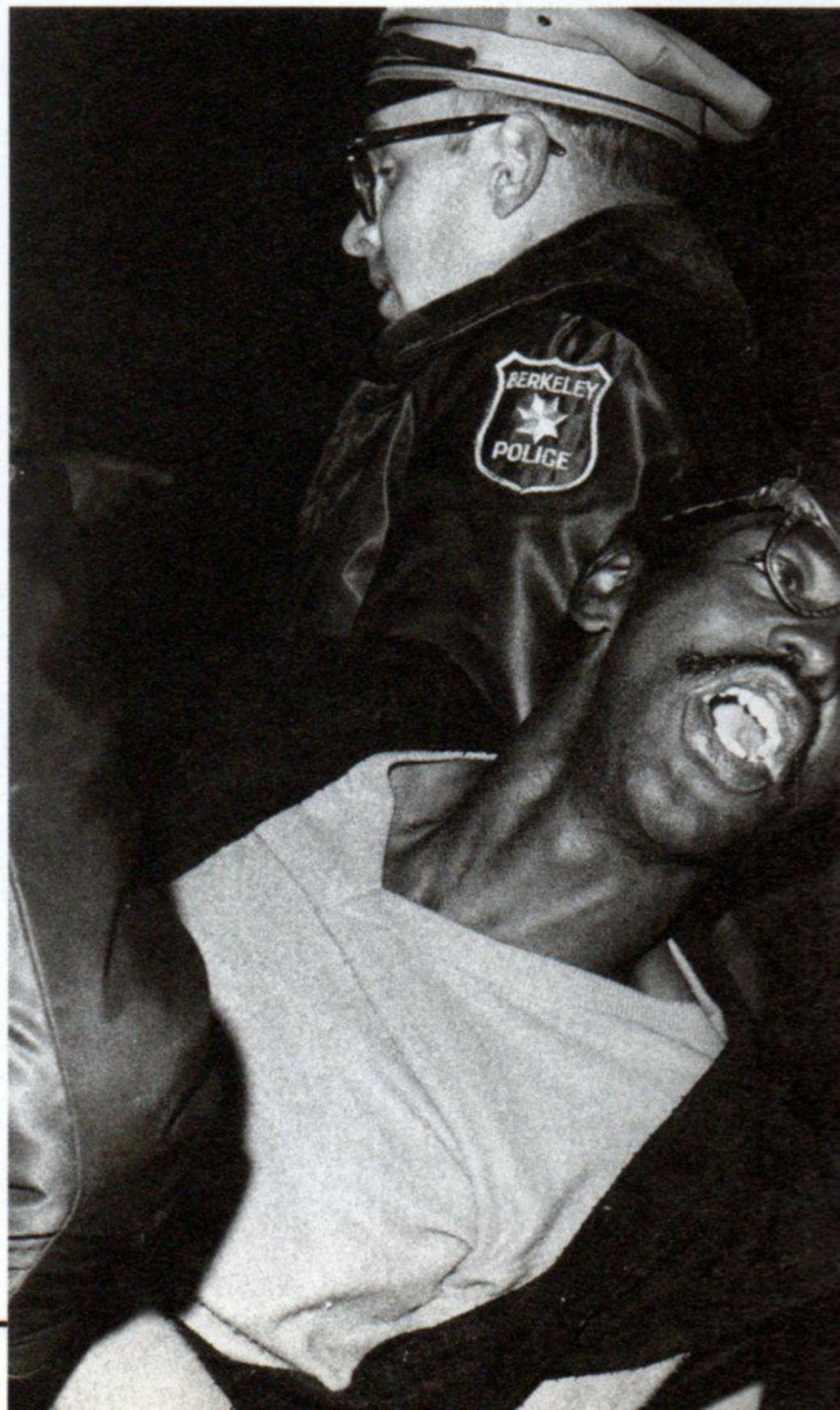
Los participantes izquierdistas más combativos, que llevaban pancartas pidiendo la rendición inmediata y la retirada, fueron persuadidos de que no se hiciesen notar mucho. Los líderes de la manifestación dieron discursos condenando a ambos bandos por no realizar ningún intento serio de buscar una vía pacífica. Pidieron el final inmediato de los envíos de tropas norteamericanas —que ya sumaban unos 200 000 hombres— y el final de los bombardeos. Cuando pasaron junto a la Casa Blanca, sus pancartas moderadas pedían un "Alto el fuego supervisado" y proclamaban que "La guerra erosiona a la Gran Sociedad".

"Disentir," dijo el presidente Johnson en unas declaraciones publicadas al día siguiente, "es un signo de vigor político".

Por el contrario, estaba desgarrando el país.

Derecha: Incitadas por una prensa patriótica, las contra manifestaciones se intensificaron. En octubre, una marcha pacifista de 10 000 personas en Nueva York fue atacada por los "cascos duros", unos rudos obreros de la construcción cuya imagen de machos atiborrados de cerveza se convirtió en un símbolo del patriotismo populista frente a la imagen de *beatniks* decadentes fumando marihuana de los manifestantes antibelicistas.

Robert Hunt Library



Derecha: Agosto de 1965, Watts. Se grita "Arde, nene, arde" y "Blanquéate". Los disturbios dejaron 35 muertos, 900 heridos y 46 millones de dólares en daños. En octubre, Al Harrison, un activista negro de la Universidad de Wayne, en Detroit, proclamó: "No me interesa hacer la guerra contra los amarillos para salvar a los blancos". Y posteriormente, "Si no hubiese Vietnam, el gobierno norteamericano tendría que inventar uno".

Robert Hunt Library

Associated Pres

EL ARTE DE LA EMBOSCADA

Una mina antipersonal Claymore dispara hasta 700 bolas de acero a la altura de la cadera, rompiendo huesos y desgarrando la carne. En las densas junglas de Vietnam, ambos bandos solían acechar al contrario con trampas explosivas, pero ¿quién cazaba a quién? El Vietcong y el Ejército nordvietnamita tendieron numerosas emboscadas, pero en muchas de ellas llevaron la peor parte

Las emboscadas eran una especie de obsesión para los infantes norteamericanos en Vietnam. Después de un contacto con fuerzas enemigas, los soldados eran propensos a informar "Fuimos emboscados", incluso aunque su unidad hubiese sido enviada al lugar a sabiendas de que allí estaba el enemigo. Cuando se les preguntaba si su escuadra o pelotón iba en fila india, solían decir "No, nosotros no hacemos eso". Si se indagaba desde dónde les habían disparado, con toda seguridad dirían que el fuego procedía de delante. Pero seguirían insistiendo en llamar a aquello "una emboscada".

La razón de esta insistencia era que teníamos la emboscada metida en la cabeza. Era la técnica favorita del Vietcong (VC), aunque no tanto del Ejército de Vietnam del Norte (EVN). Naturalmente, siempre nos guardábamos de ellas. Solíamos desplegar a varios hombres en los flancos como medida de seguridad y rara vez avanzábamos en columna de a uno cuando estábamos en "territorio indio". Pero normalmente era el enemigo quien iniciaba el contacto, incluso aunque fuésemos nosotros quienes buscábamos la lucha.

De hecho, incluso cuando el enemigo efectuaba una verdadera emboscada tenía pocas posibilidades de sobrevivir a ella, puesto que la mayoría de ellas se producían en carreteras y contra nuestros convoyes de vehículos. Como utilizábamos muchos medios acorazados en nuestros convoyes por territorio del VC o el EVN, el enemigo solía abarcar más de lo que podía apretar. Conocí a muchos oficiales de caballería acorazada y de carros a quienes les encantaba ir por las carreteras a ver si les emboscaban. Inmediatamente contraatacaban a la fuerza enemiga, llamaban a la artillería y sabían que la infantería helitransportada estaba en camino.

La verdad es que nosotros emboscamos a nuestros enemigos casi tantas veces como ellos nos emboscaron a nosotros. De todas las unidades junto a las que combatí, la más versada en estas tácticas fue un batallón de infantería mecanizada norteamericano, el 1.er Batallón del 5.º Regimiento de Infantería. Normalmente operaba en el Triángulo de Hierro, Zonas de Guerra C y D, unas áreas situadas al norte de Saigón y atestadas de guerrilleros. Mi

Superior: Un asesor norteamericano viaja río arriba para tender una emboscada. Página posterior: Un Boina Verde dispuesto a emboscar al enemigo con un M16, cargadores de repuesto y granadas.

US Ar

CAPÍTULO 11

Tony Randall

Arriba: Este diagrama ilustra los diversos elementos de una emboscada de las Fuerzas Especiales.

unidad, la Compañía B del 2.º Batallón del 27.º de Infantería, solía ser asignada a una de sus unidades de transportes oruga acorazados (TOA) M113. Su sistema consistía en batir la jungla todo el día en busca de contactos con el enemigo y después formar un círculo con los vehículos como perímetro defensivo para la noche. Al ponerse el sol, una sección de cinco M113 partía en mitad del crepúsculo. Cuando llegaba al lugar correcto, uno de los vehículos abría el portón trasero y una escuadra de infantes salía al exterior en plena oscuridad. Acto seguido, los vehículos regresaban velozmente al perímetro. De este modo, se había insertado un grupo de emboscada y el enemigo no tenía ni la menor idea de dónde. Tácticas como ésta convirtieron al 5.º Mecanizado en la estrella de la 25.ª División, pues la unidad efectuó numerosas emboscadas durante un largo período.

Como Fuerzas Especiales que éramos, llevamos a cabo muchas emboscadas, simplemente porque nos movíamos por regiones del país que el enemigo reclamaba para sí tanto como nosotros. Nos sentíamos seguros en aquellas áreas y hacíamos estupideces tales como marchar por los senderos o hacerlo en fila de a uno y sin tener seguros los flancos.

Una especialidad del enemigo

Dividíamos las emboscadas en dos categorías, improvisadas y deliberadas. Las primeras tenían lugar cuando de repente advertíamos la presencia del enemigo y aprovechábamos la ocasión para tenderle una. Se colocaba a todo el mundo en una especie de línea de tiro, intentando mantenerse lo más quietos posible. Eso era todo en realidad. De hecho, la emboscada improvisada era probablemente más una especialidad del enemigo.

Las Fuerzas Especiales, por otra parte, solían tender la emboscada deliberada. Supongamos que íbamos en una patrulla de 10 hombres. Primero se seleccionaba un lugar para la emboscada y después se planeaba exactamente cómo debía ser la cosa. De

LA MINA CLAYMORE

Leroy Thompson

camino al lugar elegido se designaba una serie de puntos de reunión: si algo salía mal, todo el mundo debía regresar a ellos del modo que pudiera. Una vez dejado atrás el último punto de reunión, se ponía el lugar de emboscada bajo vigilancia durante 20 o 30 minutos y, si no había moros en la costa, se llevaba a los hombres a sus posiciones. En primer lugar se situaban dos parejas de soldados, convertidas en elemento de seguridad. Una de ellas seguiría sendero arriba, a 50 m más o menos del lugar de la emboscada, siempre según el terreno. La otra pareja se colocaba camino abajo a la misma distancia. La tarea principal del elemento de seguridad consistía en advertir de la llegada del enemigo, cuánta gente eran y la longitud de la columna. También tenía la misión de eliminar a cualquier soldado enemigo que marchase tan adelantado a la columna que se metiese en la zona de caza antes de que se hubiese cerrado la trampa. Pero informar de la longitud de la columna y el número de soldados enemigos era lo más importante. Si resultaba que era toda la 320.ª División del EVN la que venía por el sendero, lo más aconsejable era dejarlo para otro día.

Después del elemento de seguridad, solía tomar posiciones el de asalto: cinco hombres si la patrulla era de 10. El restante era el jefe de la patrulla y quedaba libre de obligaciones a excepción de las de mando. Colocaba a todos los hombres y decidía si se efectuaba la emboscada y cuándo. Una vez todos en sus puestos, lo único que podía hacerse era esperar y esperar, a veces durante 24 o 48 horas. Otra norma importante de cualquier emboscada era la paciencia.

Cuando por fin llegaba el enemigo, la principal arma que utilizaba el elemento de asalto no era el fusil M16, sino la mina antipersonal Claymore de 1 kg. La Claymore hacía el trabajo. El ángulo de propagación de esta arma era de unos 60 grados y el alcance máximo efectivo, de 50 m, aunque en un terreno poblado de árboles y otros obstáculos era menos y harían falta más minas para realizar el trabajo. En caso de que se necesitasen tres Claymore para una unidad de infiltración enemiga de 20 a 30 hombres aproximándose por el sendero, el equipo de asalto consistiría entonces en tres disparadores de Claymore, que detonarían las minas a una señal del jefe de patrulla y después emplearían sus M16 en caso de que alguien siguiese combatiendo en la zona de emboscada. Los otros dos miembros del elemento de asalto, a los flancos de los disparadores de las Claymore, abrirían fuego con sus M16 tan pronto como recibiesen la señal. Pocos enemigos sobrevivían a una emboscada bien preparada.

El cazador cazado

Una vez acababa todo, el jefe de patrulla supervisaba el registro de los cadáveres y después dirigía la retirada. La última parte era vital. Si se estaba operando en territorio enemigo no era difícil convertirse en un cazador cazado. La regla consistía en poner tanta tierra por medio como fuera posible entre la patrulla y el escenario de la acción, borrando las huellas mientras se avanzaba. El elemento de seguridad era el último en partir, quedándose para desalentar a posibles perseguidores.

Así era cómo realizábamos las cosas en las Fuerzas Especiales. Pero después todo el mundo preparaba emboscadas en Vietnam. Recuerdo una muy notable. Yo estaba en el 27.º de Infantería, destinado una vez más al 5.º Mecanizado. Los M113 se encontraban a unos kilómetros de nosotros y nos habíamos deslizado en los bosques de Bo Loi aparentemente sin ser vistos en medio del polvo y el ruido de los vehículos acorazados. El plan era simplemente esperar hasta la tarde, cuando los vehículos diesen repentinamente la vuelta por el flanco y se lanzasen hacia nosotros, con algunos enemigos de por medio si había suerte.

Yo tenía mi compañía distribuida en un amplio perímetro que era atravesado por un sendero. Nos manteníamos silenciosamente a la espera. De pronto, aparece un guerrillero en bicicleta por el sendero, con un AK-47 colgado a la espalda. El muchacho cantaba tan tranquilo. Evidentemente no nos había visto: estábamos bastante bien camuflados. Siguió pedaleando a través de mi elemento avanzado y después dejó de cantar y de pedalear. Simplemente siguió deslizándose cuesta abajo con una extraña expresión en el rostro. Sabía que estaba justo en medio de una compañía de los "Perros Lobo". Estábamos en vilo. Todos teníamos la boca abierta y mirábamos de reojo al compañero. Finalmente se oyó "¡coge a ese hijo de puta!" y mi operador de radio saltó detrás del VC y lo tiró de la bicicleta. Cuando el polvo se asentó, la gente recobró la calma y toda la compañía empezó a reir. El asombrado VC nos miró y no pudo reprimir una tímida sonrisa...Esto fue lo que yo llamaría una emboscada improvisada.

La mina antipersonal Claymore M18A1 (en la fotografía inferior) fue una de las armas más letales utilizadas durante la guerra de Vietnam.

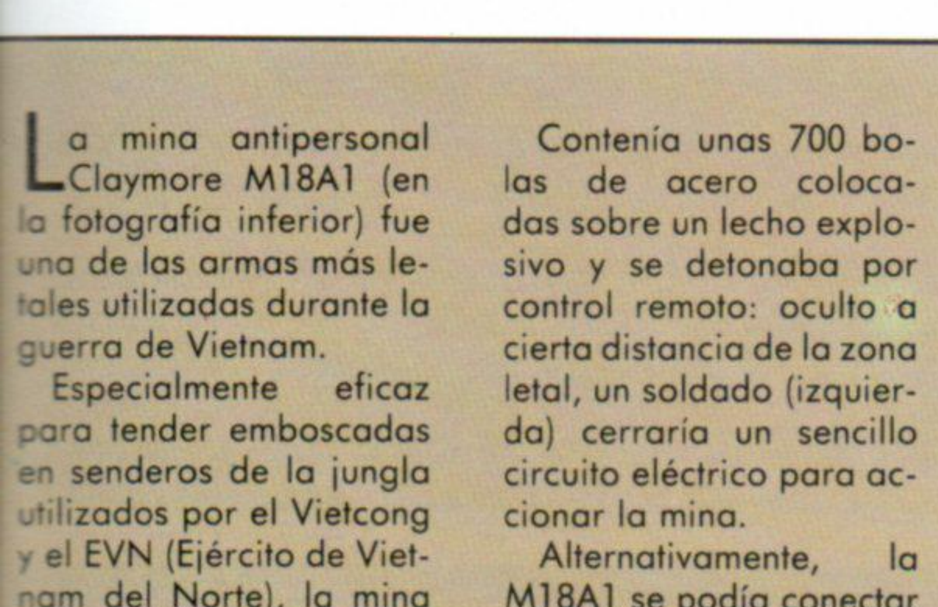
Especialmente eficaz para tender emboscadas en senderos de la jungla utilizados por el Vietcong y el EVN (Ejército de Vietnam del Norte), la mina Claymore consistía en una caja rectangular de hierro dotada de unos clavos para fijarla al suelo.

En el exterior había una llamativa instrucción: "LA PARTE DELANTERA HACIA EL ENEMIGO".

Contenía unas 700 bolas de acero colocadas sobre un lecho explosivo y se detonaba por control remoto: oculto a cierta distancia de la zona letal, un soldado (izquierda) cerraría un sencillo circuito eléctrico para accionar la mina.

Alternativamente, la M18A1 se podía conectar a un alambre oculto en el sendero.

Una vez detonada, la Claymore lanzaba su contenido en un ángulo de 60 grados, siendo letal a una distancia de 50 metros.



LUCHA POR LAS TIERRAS ALTAS

Las Tierras Altas Centrales, un área de abruptas montañas y valles de densa vegetación que recorre la "espina dorsal" de Vietnam del Sur, era una región extremadamente vulnerable. Los ataques comunistas desde el sur de Laos o el este de Camboya hacia la costa amenazaban con cortar Vietnam del Sur en dos.

Las Fuerzas Especiales norteamericanas habían estado operando en las Tierras Altas (arriba) desde 1961, entrenando y dirigiendo a las tribus de *montgnard* y montando campamentos fortificados a ambos lados de las probables rutas de infiltración enemiga. En 1965, estos campamentos fueron objeto de continuos ataques del Vietcong y el Ejército nordvietnamita. Los encarnizados combates que siguieron a estos encuentros dejaron bien claro que hacía falta una acción militar más directa.

En agosto y setiembre de 1965, la 173.ª Brigada Aerotransportada realizó operaciones en la zona. La 1.ª Brigada de la 101.ª División Aerotransportada también estuvo en acción durante el mes de agosto, realizando batidas a lo largo de la Autopista 19 desde Qui Nhon hasta An Khe, durante la Operación "Tierras Altas", y a lo largo del valle del río Song Con hasta el norte del paso de An Khe un mes después, durante la Operación "Gibraltar". En esta última se produjeron combates contra unidades de fuerza principal del EVN. En octubre y noviembre, los combates en las Tierras Altas alcanzaron un punto álgido cuando la 1.ª División de Caballería (Aeromóvil) lanzó la Operación "Bayoneta de Plata", que culminó en el intenso combate por el valle del la Drang en noviembre. En 1965, los norteamericanos ganaron la primera partida en la lucha por las Tierras Altas.

COMBATIR CON 'LA CERDA'

Una sección marcha a través de una densa vegetación. De repente suenan disparos, es atacada. En tales situaciones, los soldados norteamericanos dependían de la ametralladora M60 para su protección y cobertura. Y los tiradores de las M60 tenían una gran responsabilidad sobre las vidas de sus compañeros

En un combate a corta distancia en la jungla, un soldado veterano que ya hubiese prestado servicio en Vietnam podía identificar un arma en particular por su sonido característico. En medio del caos de la batalla, el estampido de las granadas y las explosiones de los proyectiles de mortero, era capaz de distinguir el agudo tableteo de los M16 de sus compañeros del burdo y repiqueteante sonido de los AK-47 del enemigo. Pero cuando entraban en escena las M60, todos, incluso los novatos, las reconocían.

La M60, comúnmente conocida como "la cerda", fue la principal ametralladora polivalente norteamericana en la guerra de Vietnam. En ráfagas de seis o siete proyectiles, la M60 disparaba munición de 7,62 mm con una cadencia devastadora, machacando la tierra, astillando los árboles y desgarrando la carne. Superior a todo lo que el enemigo podía emplear en el campo de las ametralladoras, la potencia de fuego de la M60 solía dar a las secciones de infantería la salida que necesitaban en una situación calamitosa. Una ametralladora fiable es una fuente de seguridad, y la M60 lo era bastante.

Para muchos soldados en Vietnam, la M60 era un material relativamente nuevo. Entró en servicio en 1961 para sustituir a los viejos trastos de la Segunda Guerra Mundial y de Corea: las ametralladoras Browning M1919A6 y A4 y el fusil automático de la misma marca (el BAR). A su modo, estas anticuadas armas eran buenas. Probadas en los campos de batalla de la Segunda Guerra Mundial y Corea, suministraban una respetable cadencia de tiro, pero carecían de los rasgos tan "cómodos para el usuario" que hicieron a la M60 muy popular entre sus servidores en Vietnam. Tanto la A6 como la A4 pesaban más de 15 kg cada una, demasiado para la

US Army

Abajo: El tirador de una M60 hace fuego sostenido mientras su proveedor asegura la alimentación del arma. La posición de tiro cuerpo a tierra requiere asir el arma con firmeza: el retroceso de la M60 es lo bastante potente para dislocar un hombro.

LA AMETRALLADORA M60

John Hillelson Agency/Don M

jungla, y ello sin contar con la munición. La M60, que pesaba 10,7 kg, era menos embarazosa de transportar y se podía disparar desde la cadera, dado que los jefes de compañía solían elegir hombres grandes y fuertes como servidores.

¡No pierdas el guante!

Funcionaba por gas y tenía un espacio delantero fijo que ahorraba a sus sirvientes la incomodidad de desmontar el arma y ajustar el espacio que había entre la cara del portacierre y la recámara. El resultado de ésta y otras características mejoradas era que la M60 padecía menos fallos e interrupciones que sus predecesoras.

Pero lo mejor de la M60 era su cañón de cambio rápido. Cuando se hace fuego sostenido en un combate a todo o nada, el cañón se recalienta muy rápidamente, provocando una dilatación del metal que, a su vez, puede producir fallos o interrupciones en momentos críticos. El modo de solucionar el problema y seguir disparando es llevar un cañón de repuesto. En la M60 se puede cambiar un cañón caliente por otro frío en segundos: se levanta la palanca de retenida situada en el extremo delantero del cajón de mecanismos y se tira del cañón. Cada tirador y proveedor de una M60 llevaban cañones de repuesto y un guante de amianto para proteger sus manos cuando realizaban el cambio. "¡No pierdas el guante!" era una frase muy popular.

Las secciones de fusileros, de 42 hombres, tenían asignadas dos escuadras de M60, de dos hombres cada una. Durante el ataque proporcionaban potencia de fuego mientras maniobraban las escuadras de fusileros, o marchaban junto a éstos y los granaderos. Cuando se avanzaba por terreno descubierto, los jefes de sección desplegaban a sus hombres en formación abierta, con las escuadras de M60 desplazándose alternativamente en vanguardia para ir en cabeza de cada flanco, de modo que siempre se dispusiese de una escuadra preparada para abrir fuego desde una posición estable. En acción, se podía disparar la M60 desde un trípode contra objetivos lejanos y en el tiro defensivo de precisión, pero en las patrullas el tirador asentaba su arma sobre el bípode instalado en la bocacha. Éste se apoyaba sobre cualquier cosa que estuviese a mano

Arriba: Envuelto en cintas de munición y en pie para disfrutar del sector de tiro más amplio posible, el tirador de una M60 hace fuego de supresión para que su sección pueda avanzar. A una distancia de 100 m, la M60 era una de las armas más potentes en Vietnam: en un tiroteo o en una difícil defensa nocturna, había quien rezaba para que la M60 no se quedase sin munición.

ures/US Army

Tim Page

Arriba: El artillero en un Huey apunta su M60D montada en candelero. Una modificación en el mecanismo de alimentación impide que las cintas se tuerzan e interrumpan el fuego. Derecha: A bordo de un M113, un soldado engrasa su M60. Abajo: La ira convertida en potencia de fuego.

—un árbol caído, una pared o un terraplén— y permitía a la escuadra de la M60 maniobrar rápidamente en un tiroteo y disparar el arma con razonable precisión.

Una ametralladora bien emplazada en manos de un buen tirador puede deshacer un ataque de infantería, y los servidores de las M60 eran siempre un objetivo primario durante un asalto enemigo. Su capacidad de desplazarse rápidamente desde una posición de tiro a otra, disparando desde la cadera, aumentaba enormemente sus posibilidades de supervivencia. Algunos tiradores incluso disparaban ráfagas de tres cartuchos para que el sonido de su arma semejase al del M16 y no revelase su posición.

En el asalto, las escuadras de ametralladoras podían desplazarse junto a las de fusileros. Cuando una sección atacaba con sus soldados en guerrilla y disparando con todo lo que tenían, los tiradores de las M60 y sus proveedores constituían el principal empuje del ataque. Los primeros llevaban cinchas de nilón en los hombros para soportar mejor el peso del arma y se lanzaban al ataque como si estuviesen luchando contra un vendaval. Cuando un tirador presionaba el disparador de su M60 con su dedo índice derecho, se inclinaba hacia delante aún más y mantenía baja la boca del arma con su mano izquierda. Puesto que el cañón sobresalía más de un metro por delante de él, podía ajustar su tiro con gran precisión sin apartar la vista del lugar donde hacían impacto sus ráfagas, ya fuese el enemigo o el suelo. El proveedor permanecía junto a él, introduciendo las cintas de munición de 7,62 mm en el mecanismo de alimentación. Los jefes de sección solían dirigir el fuego de la M60, pero cuando se hacía tiro instintivo el propio tirador era quien localizaba las posiciones enemigas y las batía con sucesivas ráfagas de seis disparos.

Una poderosa pegada

El del servidor de una ametralladora era un trabajo duro. Aparte del arma en sí, cuando se salía de operaciones había que llevar una gran cantidad de munición, y la carga normal de un tirador podía pesar hasta 40 kg. Antes de salir para una operación de combate, se "adornaba" con unos 200 cartuchos de 7,62 mm en una cinta que llevaba en bandolera. El proveedor también se envolvía en cintas, cargadas con hasta 400 cartuchos y, encima, llevaba una caja con más cintas de munición. Otros hombres de la sección llevaban munición de respeto además de sus fusiles, granadas, minas antipersonal Claymore y cantimploras de agua.

De noche, la M60 pasaba a su función defensiva. Mucho antes del anochecer, tras un largo día de caminar por la jungla, la sección empezaba a construir su perímetro defensivo. Se colocaban las Claymore, se preperaban las bengalas y se abrían pozos de tirador. Si se producía un ataque nocturno, las M60 desempeñarían un papel crucial a la hora de abatir las oleadas de infantería enemiga cuando ésta intentase rebasar la posición. Antes de emplazar las ametralladoras, el teniente de la sección y los tiradores estudiaban el terreno colindante y seleccionaban los puntos que cubrían los probables ejes de avance enemigos. El tirador y su proveedor preparaban después la posición de tiro y emplazaban sólidamente la M60, lista para su empleo.

La versatilidad, al igual que la fiabilidad, era otra

característica de la M60: se fabricaron numerosas variantes del arma básica para cubrir las necesidades ofensivas y defensivas de helicópteros, *jeep*, camiones y vehículos acorazados de transporte de tropas. Incluso el carro de combate M60A3 llevaba una ametralladora M60E2 montada coaxialmente con el cañón.

En los helicópteros de transporte que iban a LZ (zonas de aterrizaje) peligrosas, los artilleros de puerta de ambos lados del aparato esperaban por el intercomunicador la orden de abrir fuego de supresión. Cuando ésta llegaba, disparaban sus M60 contra posiciones enemigas reales o sospechosas mientras los pilotos guiaban sus aparatos a través de los espeluznantes 200 m del descenso final. Los artilleros intercalaban balas trazadoras con las perforantes en las cintas —normalmente una trazadora por cada cinco de las otras— y las luminosas líneas que dejaban las trazadoras les ayudaban a ajustar el tiro mientras el helicóptero zigzagueaba hacia la LZ.

En el combate, la M60 estaba siempre en lo más reñido de la acción: era un objetivo primario para el enemigo y una gran fuente de potencia de fuego para la sección. Por ello no es de extrañar que una cantidad tan extraordinaria de servidores de ametralladoras que combatieron en Vietnam ganasen Medallas del Honor. El soldado Carlos J. Losada fue uno de ellos.

Hasta el final en Dak To

El 20 de noviembre de 1967, en una colina cercana a Dak To, en las Tierras Altas Centrales, Losada añadió un heroico capítulo a la historia de combate de la 173.ª Aerotransportada. Losada, un tirador de M60 de la Compañía A del 2.º Batallón del 503.º de Infantería, y otros tres hombres estaban apostados a 360 m del perímetro de la compañía, un puesto exterior que debía alertar sobre la aproximación del enemigo. El resto del 2.º Batallón comenzaba a ascender por la Cota 875 cuando dio con un grupo de regulares del EVN atrincherados que abrieron un fuego intensísimo desde unas posiciones de tiro bien escondidas. La Compañía A, cerca del pie de la colina, quedó expuesta. Cuando una compañía del EVN empezó a desplazarse por un sendero en dirección al puesto de Losada, éste dio la alarma y abrió fuego con su M60. Abatió a veinte nordvietnamitas, y el ataque quedó neutralizado.

Pero la batalla aún no había terminado. Otras unidades del EVN estaban rodeando a la compañía y el grupo de Losada recibió la órden de volver hacia el perímetro. Pero ya era demasiado tarde, pues el EVN lanzó otro asalto contra los hombres sitiados.

Losada detuvo el ataque a un lado del sendero y después saltó al otro lado con su M60 para dar cuenta de otro grupo de soldados del EVN. Sus camaradas heridos estaban siendo llevados de vuelta al interior del perímetro de la compañía, que ya estaba amenazada de inminente destrucción.

Losada debió darse cuenta de que, si se retiraba de su posición, el enemigo tendría vía libre para destruir la compañía. Mientras urgía a sus compañeros heridos a que se abriesen paso hasta un lugar seguro, aguantó el avance de los nordvietnamitas por tres frentes, disparando sin cesar contra las oleadas de soldados enemigos que cargaban a pocos metros de su posición.

Camera Press

Arriba: Cargado de cintas de munición en bandolera y en una caja, un proveedor de la 173.ª Aerotransportada se prepara para partir de patrulla.

La Compañía A tuvo muchas bajas aquel día, pero los supervivientes pudieron abrirse paso hasta el sitiado perímetro del batallón gracias al coraje y habilidad de Losada con su M60. Al día siguiente, una fuerza de relevo del 4.º Batallón del 503.º de Infantería encontró docenas de cadáveres del EVN esparcidos por el sendero donde había estado Losada. El cuerpo de éste yacía boca arriba, con las manos cruzadas sobre el pecho y la M60 a su lado.

ORGANIZACIÓN DE COMBATE

La unidad básica de combate del Ejército norteamericano en Vietnam era la sección de fusileros. A plenitud de efectivos, una sección disponía de 41 soldados y un oficial, divididos en tres pelotones de fusileros (de 10 hombres cada uno), un pelotón de armas (9 hombres) y la plana (el oficial y dos hombres). Las secciones estaban mandadas normalmente por un teniente, y los pelotones por alféreces o suboficiales. Estas secciones de fusileros se organanizaban en compañías mandadas por capitanes. Cada compañía tenía normalmente tres secciones de fusileros, una de morteros y una plana consistente en dos oficiales y 10 hombres.

El siguiente escalón en la estructura organizativa era el batallón. Esta unidad era mandada por un teniente coronel y consistía en una unidad de plana mayor y mando, y cuatro compañías de combate. En 1965, los batallones también tenían una compañía de apoyo en combate, responsable de armas pesadas tales como los morteros de 107 mm y los lanzallamas. Sin embargo, una vez en Vietnam, se descubrió que tales armas eran más un factor de protección que una ventaja en combate, sobre todo en terreno de jungla densa, y se reasignó a los hombres para formar una quinta compañía de fusileros.

Tres batallones formaban una brigada, mandada por un coronel.

La principal formación táctica era la división, mandada por un general de división y que consistía en tres brigadas además de la artillería y otros elementos de apoyo.

En diciembre de 1965, cinco formaciones del Ejército norteamericano —la 173.ª Brigada Aerotransportada , la 1.ª Brigada de la 101.ª División Aerotranspotada, la 1.ª División de Infantería, la 1.ª División de Caballería (Aeromóvil) y la 3.ª Brigada de la 25.ª División de Infantería— habían sido enviadas a Vietnam. Eran responsables de la seguridad de las bases y líneas de comunicación existentes y también de llevar la guerra al enemigo en las zonas de combate al norte de Saigón y en las Tierras Altas Centrales.

AMETRALLADORA POLIVALENTE M60

Calibre: 7,62 mm
Peso: 10,48 kg
Longitud: 110 cm
Alimentación: Cintas de 50 cartuchos
Actuación: gases
Cadencia de tiro: 550 disparos por minuto (cíclico); 200 dpm (automático)
Velocidad inicial: 860 m por segundo
Alcance eficaz: 800 m (con bípode); 1 800 m (con trípode)
Alcance operativo óptimo: 100 m
Munición: blindada, trazadora, incendiaria y perforante

M60, LA POTENCIA DE FUEGO

Durante incontables patrullas y combates, la ubicua M60 se convirtió en símbolo de la presencia norteamericana en Vietnam del Sur.

La ametralladora polivalente M60 fue el resultado de unos diseños iniciados a finales de la Segunda Guerra Mundial y sustituyó a las ametralladoras ligeras y pesadas Browning en el arsenal norteamericano. Los Aliados habían quedado impresionados con la flexibilidad de las ametralladoras polivalentes alemanas, y la M60 incorporó por ello un mecanismo de alimentación modificado basado en el de la alemana MG42, sumado al sistema de actuación del fusil de asalto FG42.

El primer prototipo fue el T44. Sin embargo, no estuvo a la altura de lo esperado, de manera que se perfeccionó el mecanismo de alimentación en otras dos variantes antes de que surgiese la T161 y se declarase lista para entrar en servicio como M60.

Tras descartarse el mecanismo de retroceso de las ametralladoras Browning, la M60 fue diseñada como arma con accionamiento por gases. Cuando la primera bala sale por el cañón, introduce gases en un cilindro a través de un orificio abierto en el ánima. La presión generada en el cilindro empuja el émbolo contra la recámara, lo que hace retroceder el portacierre y coloca el siguiente cartucho en posición. Una vez que la aguja percutora golpea el pistón y expulsa la bala fuera del cañón, el ciclo se repite, tanto tiempo como se mantenga presionado el disparador.

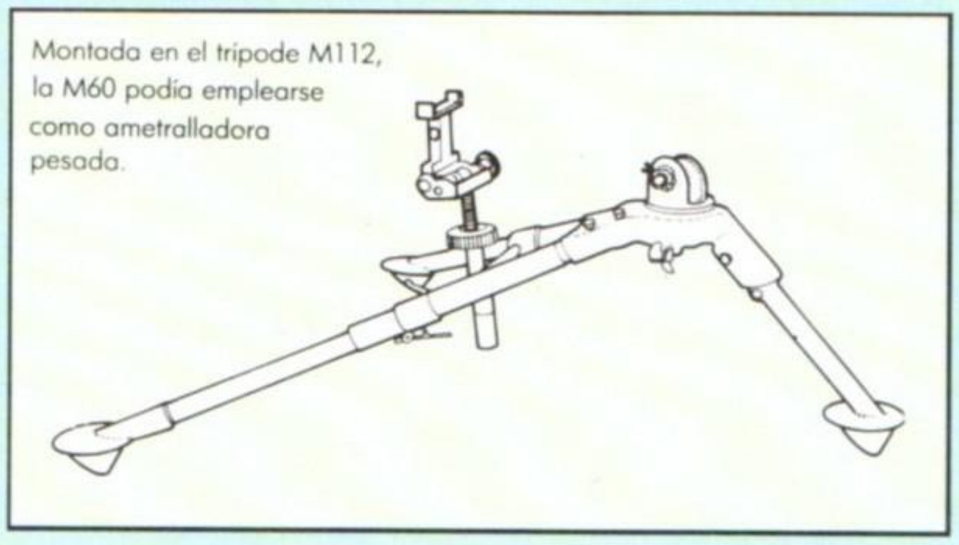
Sin embargo, como no había regulador de gases, este mecanismo tenía sus inconvenientes. La suciedad y el polvo acumulados retardaban la acción del émbolo y hacían que la M60 sufriese una interrupción o "se escapase". Esto último quiere decir que el arma seguía disparando aún después de retirar el dedo del gatillo. Era un problema extremadamente peligroso en el calor de una batalla y obligaba al proveedor de la M60 a tirar de la cinta de munición con el fin de detener la alimentación.

Además de la ventaja de un cañón de cambio rápido, uno de los mejores rasgos de la M60 era que el ánima cromada de aquél tenía un revestimiento de estelita (o Stellite) en sus primeros 15 cm a partir de la recámara. Este baño no ferroso, combinado con una ingeniería de precisión, aumentaban considerablemente la vida del cañón.

Como resultado de la experiencia práctica adquirida durante la guerra de Vietnam, se introdujo una versión modificada de la M60 básica. Distribuida como M60E1, esta arma perfeccionada es todavía la ametralladora polivalente normalizada del Ejército norteamericano.

La M60E1 difiere de la M60 original en numerosos aspectos, incluida la fijación del bípode en la parte posterior del cilindro de gases, una alza modificada, una tapa del cajón de mecanismos obtenida por fundición y una nueva teja de alimentación. Otra mejora es la adición de una correa portaarma que permite utilizar una caja de munición adosada con 100 cartuchos.

Arriba: Entretenimiento de la M60 en campaña. Abajo, izquerda: El trípode M122.



Montada en el trípode M112, la M60 podía emplearse como ametralladora pesada.